



BARCO DE PIEDRA

BARCO DE PIEDRA

Printed in Venezuela.
Impreso en Venezuela.

ANDRES ELOY BLANCO

BARCO DE PIEDRA

EDITORIAL "ELITE"
LIT. Y TIP. VARGAS
CARACAS
1937

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

PROLOGO

LA ROTUNDA

El Aguila y el Bagre

(Se incluye este poema por la significación popular que tuvo en los primeros días del memorable año de 1928).

Dijo el Aguila al Bagre: —Compañero,
yo vengo del azul y en mi sendero
he entrevisto la luz del más allá.
Yo he visto a Dios colgado de un lucero!
Y dijo el Bagre: —Ajá.

Dijo el Aguila al Bagre: —Camarada:
yo he visto al mar de espuma desflecada,
el hondo mar de donde vienes tú.
Yo he visto a Dios en la ola erizada!
Y dijo el Bagre: —Ujú.

Dijo el Aguila al Bagre: —Valecito,
yo he cruzado el Atlántico infinito
y el Dios del viento ha resonado en mí.
Yo he visto a Dios y aquí traigo su grito!
Y dijo el Bagre: —Ijí.

Y el Aguila voló. Cuando volaba,
desde su altura oyó que el Bagre hablaba
y detuvo su vuelo triunfador.

Y sólo oyó que el Bagre murmuraba:

—Eso es valor!

Bagre: eso eres tú,

allí,

aquí,

allá:

Ujú.

Ijí.

Ajá.

Inmoraleja:

Aunque sepas que el Bagre se desmaya,

no se lo digas al Doctor Arcaya.

No digas que está enfermo o que está viejo

y fuma Tocarón. No seas pendejo.

Enero de 1.928 — Caracas. A la llegada de Lindbergh.

Mariana Larrabeiti

Mariana Larrabeiti,
 mujer de Vizcaya, tierra de Bolívar.
 Los vascos le sacan el hierro a la tierra
 y se hacen con hierro, nombres,
 como se hace un martillo;
 nobles apellidos, fuertes como hombres!

El hierro vasco está en todo,
 el Nervión lo lleva en el agua oscura,
 Bilbao lo levanta en las grúas,
 a lo largo de la vía
 y clava su duro ástil en Portugaleta
 y lo hace flexible en el acero
 del campesino y del minero,
 del músculo redondo de Uzcudun
 y del torso ancho del marinero.
 Bilbao es un escudo
 que tiene atrás un guerrero.

Mariana Larrabeiti,
 en mi tierra hubo dos vascos;
 uno, Lope de Aguirre, la tempestad,
 el galernazo del Golfo de Vizcaya,
 y el otro, Simón Bolívar,

la alta montaña cántabra
donde se desbaratan todas las olas,
la perenne montaña, con su mina de hierro,
de donde vamos sacando el hierro del ejemplo
para la espada mejor que esgrimiremos,
la perenne montaña, con su mina de oro
de donde vamos sacando el oro de la piedad
para la hermosa hora en que perdonaremos.

Y ahora, Mariana Larrabeiti,
en mi tierra hay muchos vascos;
ya los viste en las calles; y viste en sus cabezas
aquella cosa azul, tan vasca, aquella cosa
redonda y azul,
como un cielo pequeño
sobre la cabeza de la juventud.
Los has visto y no los olvides,
que ellos son el encanto de mi tierra
y recuerdan la tuya y tienen de la tuya
el breve cielo azul en la cabeza terca.

Mariana Larrabeiti,
eres hermosa, como las tardes de Begoña,
así, alta como ellas, y sobre todo, serena,
y flexible, como el acero vasco,
y estás aquí, con nosotros, en la mejor de las horas;
caiga tu dulce piedad sobre esos niños nuestros;
como una arenga sobre las cabezas soñadoras,
caiga tu dulce piedad sobre esos niños nuestros;
ríeles lo mejor que ríes
llórales lo mejor que lloras. . . .

No llore la novia

La Novia está llorando
porque el Novio está en el mar
y las últimas nubes
vinieron hechas trizas a la costa
como si mar adentro hubiera chubasqueado.
Tal vez como las nubes
quedarían las lonas
y quién sabe
si las tablas del casco
se irían cada una en un camino.
La Novia está llorando
porque el Novio es patrón y está en el mar.

No llore la Novia,
que es buen patrón el que se dió a la vela
y al sueste pondrá el lleno de las lonas
y abrirá el aguazal que lo fatiga.
El lleva la Nave en su mano
y la esgrime, como una espada
y abre la carne azul con el bauprés.
se tira a fondo, el corazón de los rumbos
y adivina en el mar de la noche
la Isla de la madrugada.

El Novio rompe la mar
como un pájaro pescador.

El lleva su gran potro marino
que tiene espumada la boca.
Y Dios tiene su mar
para que florezcan las costas.

La Novia está llorando
porque el Novio está en la selva
y la brisa ha traído una racha de tigre.
Allá estarán las fieras
siguiendo un hilo de olor
hacia la carne nueva que aliña las montañas.
La Novia está llorando
porque el Novio es leñador y está en la selva.

No llore la Novia,
que es cazador el que se fué a los bosques;
tiene el oído como cueva
donde atraca la hormiga intrincada del ruido.
Sus tobillos están firmes
en el lecho de los raudales.

No llore la Novia,
que el Novio tiene todo el bosque en los oídos
y Dios tiene su selva
para que florezcan los ríos.

La Novia está llorando
porque el novio está en la guerra
y las nubes de Oriente vienen llegando rojas,
evaporadas de las heridas abiertas.
Allá, en la batalla,

irán cayendo las mariposas de los estandartes;
 la voz de las cornetas
 se esconderá en la boca de los muertos
 que cayeron en la mitad de una palabra

—la otra mitad
 quedó en el borde de los ojos abiertos—

La Novia ha visto el lirio rojo en el tallo del rifle.
 La Novia está llorando,
 porque el Novio es soldado y está en la guerra.

No llore la Novia,
 que es buen guerrero el que empató las marchas
 y su grito va adelante,
 donde las balas se apartan
 para que pase el Capitán,
 en el pimpollo en que nace la rosa del disparo
 sobre la empalizada de bayonetas.

No llore la Novia,
 que el Novio está adelante, en la raíz del fuego.
 Y Dios tiene sus batallas
 para que florezcan los cuervos.

La Novia está llorando
 porque el Novio está en la Cárcel,
 y la lluvia del patio
 trajo las gotas gordas, como varas de reja.
 La lluvia es una jaula de hielo
 y adentro estará el Novio con el frío en las manos,
 en la frente, en los pies;
 y acaso estará inmóvil en el suelo,
 metiendo en el calor de cuatro velas

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

la cabeza y los pies, los dos polos del muerto.
La Novia está llorando
porque el Novio cayó y está en la Cárcel.

No llore la Novia,
que es gavián el que cayó en la jaula
y hay una claraboya en el muro
y un disco azul por la mañana en ella
y por la noche, en viaje, entre dos fríos,
descansan allí la luna y las estrellas.

No llore la Novia,
que el Novio canta bajo el disco azul
y un día lo descolgará del muro,
y saldrá por las calles estrenando boina.

No llore la Novia,
que el corazón del Novio
es más fuerte que los barrotes de la jaula.
Y Dios tiene sus cárceles
para que florezcan las patrias.

Febrero, 18-1929.—La Rotunda—Caracas.

El gato negro

Soy el mejor amigo de este gato,
 un cachorro alegre y negro como un tordo,
 compañero de buen humor,
 espíritu familiar del calabozo.
 Cuando me paseo, devanando el huso,
 este amigo me sigue o me espera;
 se embosca detrás de una columna
 y me cae en los pies como si lo tiraran;
 cuando se sienta frente a mí,
 sin pensar, le busco la fecha en el pecho,
 como a un gato de calendario.
 Es un gato noble;
 odia los tejados y la bazofia,
 desdeña al gato realengo
 y le importa un comino lo que pueda existir
 del otro lado de las tapias.
 Es un buen preso, el gato voluntario,
 que se olvidó del mundo como de una pelota

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

de la que se cansaron los gatos.
Cuando me saquen de aquí
será el mejor amigo de otro preso
y morirá de fastidio
cuando caiga el gobierno.

Esta mañana apareció un ratón;
iba y venía, feliz, por el patio friolento;
estaba alegre de vivir al aire,
lejos de la cueva, junto al caño abierto;
andaba haciendo esguínces,
como si acabara de escapárseles a los ratones del Gobierno.

De pronto, mi amigo el gato
saltó por la ventana,
tomó el ratoncillo con los dientes
y restableció su orden de cosas:
en el calabozo negro de su barriga
quedó el ratoncito preso
y allá viene mi amigo, arrastrando la cola
como un llavero...

Febrero, 19-1929.

El conejo blanco

Es el despertador.
 A la hora de diana
 se mete en las cobijas y despierta a los presos.
 Anda de mano en mano,
 torea al gato negro
 y se deja torear por el gallo zambo.
 Blanco, blanco, blanco;
 y los ojos rojos, rojos, rojos,
 noche de nevada,
 ventanas al fondo.

Le acaricio la espalda;
 él cierra los ojos—
 van a dormir en la casa—
 las manos entre la nieve
 se me quedan desamparadas.
 Es la mansedumbre blanca
 este preso en blanco.
 Se echa sobre un cuadradito de sol
 como un pisapapeles sobre una cuartilla,
 hasta que Dios lo levanta
 y se lleva la hoja para escribirla.

Febrero, 20-1929.

Sol

El hombre del rancho
nos raciona de sol todos los días;
por las rendijas del techo
entran pedacitos de sol;
en el mejor de los días,
cuando hay más sol en el cielo,
nosotros, los presos políticos,
no tenemos más sol que el que nos dá el ranchero.
Cinco cuadraditos,
bajo cada uno se acomoda un preso;
y quedan cien haciendo cola
junto a ellos.
Frente al boquetillo de sol—
ventanillo de estación—
esperan, sin viaje, más de cien viajeros
para comprar su billete
del ferrocarril del cielo.
Los días de sol
son días de fiesta
y nos repartimos los cuadritos blancos
como una caja de galletas.

Marzo de 1929.

Luna

Sobre el disco de la Rotunda,
negro y lleno de presos,
ha venido a pararse
el disco de la Luna.
Anverso de luz.
reverso de noche
y un carcelero taur,
frente a frente con la Esperanza,
nos juega a cara o cruz.

Jueves Santo

Con una caja y dos tablas
hicieron un altar;
pidieron velas,
cortaron flores de papel,
vistieron el altar con sábanas
y arriba, Jesucristo
quedó muy guapo entre su mar de luces.
El calabozo resplandece;
la gran ola de luz
se rompe y hace espuma
en los lechos pegados al suelo;
la fila de colchones vestidos
devuelve azul el amarillo nuevo.
Esto es una procesión
por una calle de tumbas.
33 velas queman
los años de Jesús en la casa maldita;
el calabozo, pequeño, como la tierra,
tiene un momento de capilla.
Yo he visto una iglesia como ésta
en un pueblo de mi provincia,
con fieles como éstos, con cara y voz de presos.

Cincuenta hombres rezan el viacrucis
 —el soneto rojo de Jesús—
 En la Estación Duodécima,
 mientras dice una voz: —Muerte de Cristo—
 he pensado que ahora, en esta vieja noche,
 han llegado a la cárcel nuevos presos
 esta noche misma habrá interrogatorio,
 torturarán acaso...
 Y le he dicho a Jesús: —Hoy haces falta,
 mucho trabajo tienen esta noche;
 no hay que morir este año, viejo mio;
 ¿qué importa un año sin Viernes Santo?
 para el año que viene, tal vez se arregle ésto
 y entonces, ya te podrás morir
 y estar bien a tus anchas, uno o dos meses muerto.

28 marzo 1929.

El gallo zambo

Gallo español, combatiente;
jerezano;
vino como los andaluces
a pelear donde quiera que cante un gallo.
Fronroso poblador de blanca espuela,
clarín armado.
Gallardete con voz,
charanga roja, el gallo zambo,
alza al techo de zinc de esta prisión española
el vino de Jerez de un canto de esperanza.
Corneta de admonición,
bando del Juez, el gallo zambo.
canta al carcelero que pasa:
—Pedro, Pedro, ¿por qué has negado?

Hoy, oh Dios de los gallos buenos,
murió el gallo!
sin lucha, en el patio frío,
murió el gallo.
Es un fleco de bandera en derrota
en el medio del patio.

Pero un rayo de sol
ha entrado
y ha caído en el pico
del gallo zambo;
él tiene el pico entreabierto
con su rayo de sol por donde se va el canto
que va saliendo de su pico:
—Pedro, Pedro, ¿Por qué has negado?...

La Rotunda: marzo de 1929.

Cometa

Por un boquete de cielo
ha asomado una cometa.
Algún niño del mundo
elevó su cometa con la racha;
algún niño de la ciudad
que no sabrá a estas horas cómo le han bendecido
los hombres del más acá.

Los ojos de todos los presos
han prendido los cordeles de sus miradas
a la cometa de colorines
que se ha asomado al techo como mujer curiosa.

Todos zigzaguean con ella,
todos quedan inmóviles con ella, cuando duerme
sobre el cojín azul del ventanillo;
todos tienen el corazón remontado;
subimos a la cometa
y bajamos a la mano y al corazón del niño.

La cuerda se rompió de repente
y la cometa vaciló,
pero ha quedado inmóvil, sostenida
por los cordeles de nuestras miradas.

Lo malo es que de pronto, los presos han llorado
y han cerrado los ojos...
y claro! la cometa se ha ido viento abajo...

Marzo, 1929.

La Señorita Venezuela

A Josefina Iturbe, que nos trajo frutas.

Hip, hip, hip... Hurrah!

Con el oscuro cuenco lleno de agua del caño,
riego el buen grito inglés,

en el Londres nublado de la cárcel sin sol.

La mujer formidable,

la gran belleza caribe,

Miss Venezuela—nó! la señorita Venezuela,

el "as" del femenino criollo,

ha venido a traernos frutas esta mañana.

La señorita Venezuela ha venido

como toda una zona frutal de Venezuela;

han venido los valles, los caminos, el Avila,

con guayabas y mangos en el cuerno simbólico.

Calabozo con ciruelas,

La Villa con cotoprices,

urvas y piñas de Cumaná,

datos de Coro,

comas de la Cordillera,

Valencia con las naranjas...

La Guardia de prevención
¿presentaría armas?
¿algún buen oficial
sentiría la sangre más fría que la espada?

A sus amigos la señorita Venezuela
trajo las frutas de los campos
y todo el verde de los bosques de Venezuela.

Yo estaba cerca de un enamorado
y pude ver aquello que le saltó a los ojos
cuando dijimos:—Hurrah!
la señorita Venezuela está en la Cárcel,
pero se trajo el árbol.

Cosecha nos sentimos,
frutas venezolanas en el árbol cargado.
La señorita Venezuela,
¿vino a traernos frutas o a cortarnos del árbol?

Luna de Abril

Luna de abril, descotada,
 con aguazal circunscrito,
 desnuda, con desnudez
 pura de pecho con niño.
 Luna llena, ubre de vaca,
 con lucero becerrillo;
 qué puro se pone el pecho
 cuando se le cuelga el niño!
 Esta noche yo no siento
 ni sombra de odio por nadie
 ni pena de verme preso,
 ni ganas de que me quiten
 los grillos que me pusieron.
 Nada hay más impuro, nada,
 que el pecho de las mujeres,
 pero no hay nada más puro
 ni mejor para mirarlo
 que un pecho fuera del pecho
 y un niño al lado.

Abril, 1929.

Caminos

Dijo un preso:

—Por la cañería
se podría enviar un mensaje
que caería en el río
y desembocaría en la mar;
en el mar lo encontraría un barco
y el barco empezaría a izar velas azules.

Y dijo el otro preso:

—También podría el barco de la mar
meterse por el río, meterse por la cloaca
y una tarde cualquiera, la mar de dos azules
surgiría en el patio, empavesada.

Dijo un preso:

—Por el tubo del agua
se podría meter este grito admirable
que iría al acueducto
y de allí a las montañas emplumadas de nubes

y las montañas empezarían a moverse
con sus nubes de espuma en sus olas azules.

Y dijo el otro preso:

—También podría la montaña
verterse en el raudal,
correr al acueducto, colarse por el tubo
y una tarde, del grifo nos podría saltar
la nube más azul del mundo.

Dijo un preso:

—Por el alambre de la luz
se podría meter esta hermosa palabra
que cruzaría las calles, cantaría en los postes,
llegaría a la dinamo, donde están los obreros
y al campo donde están los labriegos de bruces
y empezarían ellos a sentir que de pronto
se les iban poniendo las cabezas azules.

Y dijo el otro preso:

—También podrían ellos
meterse por el cable de la luz,
saltar sobre los postes, atravesar las calles
y una noche, a la hora de Silencio,
nos caería en las manos una palabra azul
con medio despertar y medio sueño.

Dijo un preso:

Así también podría
meterse el sol en uno de sus rayos
y traerse los campos y los ríos
y el azul de todos los horizontes
y todo el bendito azul del Universo

y apearse por entre las nubes
y se nos partiría en dos la noche
con la grieta de un día
hasta ser, para siempre, nosotros,
los hombres del alma amanecida.

Y dijo el preso que no lloró nunca:
—Ya eso ocurrió y ocurrirá de nuevo;
aquí está el sol metido en agua fresca;
aquí está el huerto, aquí está el horizonte
y aquí el camino que no tiene atajo.

Todos volvimos la cabeza.
Estaba recio y limpio en la sombra del patio
y nos mostró, bajo el sol de su risa,
sobre el país de su pecho
la voluntad de sus manos.

Abril de 1929.

Tren

De repente, en el mediodía,
 ha llegado a nosotros el silbido de un tren.
 Neto e inconfundible, llegó todo el pitazo,
 hasta con aquel eco más débil
 que dice que el tren se aleja,
 aquella cola larga y moribunda
 que va arrastrando el núcleo del sonido.

Los silbidos son cometas de música.

Nos alegramos súbitamente
 y súbitamente nos entristecemos.
 En el mediodía, el tren
 nos ha llevado a todos a los campos azules;
 en este sopor, ese pito
 es la válvula de escape del día
 y pensamos que el mundo iba a soltar los frenos
 y todo iba a marchar.

Ahora hemos quedado
 oyendo este silbido, ya casi imperceptible.
 Todos somos un indio; se fué la última flecha
 y no ha dado en el blanco;
 el indio oye silbar el ástil que se aleja
 y afloja lentamente el corazón y el arco...

Mayo, 1929.

Trabajos de preso

En estos largos días
las manos quieren matar las horas
como minutereros.
Se aguza la destreza,
se saborea la filigrana.
Cada uno está siempre en lo suyo,
y los presos se van haciendo monjes.
Si aquí hubiera un jardincillo
seríamos capaces de poner las semillas
y verlas moverse
y abrirse
y llegar a la flor.
Unos trabajan en hueso,
otros en corteza de coco,
otros hacen cofres para joyas muertas,
otros, una paloma en el hueso de un dátil;
yo, con miga de pan y papel,
hago estatuas,
pero todavía no he logrado
meterles entre los ojos cierta bondad que me falta.

Porras, el carcelero,
 tiene treinta años aquí;
 es cruel, místicamente cruel,
 parece turco y chino a la vez,
 es un lindo diablo de tragedia china
 y tiene siempre entre los labios
 un filo horrible de sonrisa.

Ese carcelero
 tiene también su trabajo de preso,
 un trabajo acabado, mejor que el de nosotros;
 él se labró su corazón
 y le quedó negro y brillante como un coco.

Rotunda.—Mayo 1929.

Ventana

Corazón a la bolina,
contra la racha de afuera,
corazón de voz marina.

El peligro de la muerte
tiende su rabo amarillo
frente a los ojos sin brillo
que renunciaron a verte.

En la sombra se suplicia
el corazón que va y viene
entre la vida que tiene
y el tormento que codicia.

Se ha casado en la ventana
con el gallo jerezano
la corneta de la diana.

Echa a volar su denuedo
por el negro calabozo
la voz del preso gozoso
que se va a morir sin miedo.

Se ha casado en la ventana
con el canto del turpial
la estrella de la mañana.

Revienen hasta el pedazo
de vida sobreviviente,
la luz con la vista al frente,
la fé con el arma al brazo.

Y la voz del prisionero,
vuelta a los cielos, reclama
su cruz, su poste y su llama,
para quemarse el primero;

pero en la calma rebota,
venido, no sé de dónde,
tu nombre de copa rota,

y en la ventana tupida
por el encaje de hierro,
asoma su cara el perro
del corazón que no olvida.

Y al punto en que Amor profana
la virtud de mi clausura,
el deber sin curvatura
sale a cerrar la ventana.

23, marzo 1929.

Romancillo carcelero

Ayer vino la paloma
que viene todos los días,
ayer se paró en la reja
y comió de mi comida,
ayer vino hasta mis hierros,
ayer me escuchó tranquila
y digo en el romancillo
las cosas que le decía:
—Paloma, vuelve a los cielos
y mira hacia los tejados;
cuando veas una casa
grande, que tiene tres patios,
el primero con palmeras,
el segundo con mosaicos,
el tercero, un patio grande
con azotea de un lado
y arboleda y gallinero
y olor de jabón pintado,
cuando veas esa casa
verás en el primer patio

cuatro mujeres cosiendo
 cuatro mujeres bordando.
 Allí llegarás, paloma
 y allí bajarás al patio
 y caerás en las rodillas
 de la del pelo dorado;
 después volarás de nuevo
 y volverás a mi lado,
 y entonces sabré, paloma
 si la del pelo dorado
 tiene las manos cosiendo,
 tiene los ojos llorando.
 Ayer vino la paloma
 que viene todos los días,
 ayer se paró en mi reja
 y comió de mi comida,
 ayer vino hasta mis hierros,
 ayer hablóme tranquila
 y digo en el romancillo
 las cosas que me decía:
 —Prisionero, fuí a los cielos
 y miré hacia los tejados
 hasta que encontré una casa
 grande, que tiene tres patios;
 el primero, guarnecido
 con zócalo de mosaicos,
 lleno de tiestos con flores
 y sillas de junco blanco,
 con un vitral en el fondo
 de vidrios esmerilados;
 el segundo, con columnas

y reja de alicatados
y con una enredadera
y unos rosales cargados;
y el tercero con gallinas
y una higuera y unos plátanos
y un hilo con ropa blanca
y olor de jabón pintado.

Allí llegué, prisionero,
y encontré en el primer patio
tres niños con las cabezas
como zagal de retablo.

Y en el segundo encontré
cinco mujeres bordando
cuatro con el pelo negro
y una con el pelo blanco.

Allí llegué, prisionero,
y allí me metí en el patio
y le caí en las rodillas
a aquélla del pelo blanco,
Tiene las manos cosiendo,
tiene los ojos llorando.

Mayo, 1929.

El Gato Verde

'Todavía me asusto al recordarlo.
Anoche ví en el techo de la cárcel
un gato verde.

Me miraba con ojos de vidrio,
arqueaba su cuerpo enlunado
y en su rabo bailaba un víbora
verde.

Puede que sea un gato negro,
que, de viejo, ya estuviera verde,
o un gato de piedra forrado de musgo,
pero lo he visto y era
un gato verde.

Me miraban los ojos
de mujer del gato
y transparentaba como diluídos
venenos aquel gato verde.

Debe ser amarillo en otoño
y blanco en invierno.
¿Será el alma, quizá, de un astrólogo
ese gato verde?

Solución de cobres,
magnética esencia,
cómo estaba toda la noche metida
en el gato verde!

Relámpagos pálidos,
circuitos, azul llamarada,
resumen de toda la carga celeste;
el gato saltó.
La atmósfera toda, con sus tempestades,
en el gato verde,
saltó.

De súbito el gato corrió por el techo,
pasó varias veces, fantasma espantado,
pasó varias veces,
huía, volaba, saltaba, sentía
miedo de ser verde.

La obsesión

Le agarré por el cuello al gato verde!
 él se enrollaba y tendía las manos
 para cogerme;
 le hice girar diez, cien, mil veces,
 como una honda, y lo lance al espacio;
 allá arriba giró como un pelele,
 subió, dió tres piruetas y se agarró al tejado
 se echó, se puso a verme,
 con una risa entre los labios,
 guiñándome los ojos, con el rabo pendiente,
 como un retoño de árbol;
 meditó un poco, masculló dos erres...
 después, dió un salto
 y entre mis brazos cayó el gato verde
 y aquella noche se durmió en mis brazos....

Canto del prometido

Recordar el momento en que fuimos más suyos,
suyos, de esa profunda Mujer que cruza el campo,
de la desnuda Libertad, con pies de azogue,
la que escala las cuerdas de las lluvias de plata
y despluma la garza de la nube
y amadrina los goces polígamos del bosque
y enardece el contacto del polen fugitivo
y amamanta la avispa en sus pezones dulces;
la que esmalta los tigres con las aguas eléctricas
que se estancan de pronto en la selva sin día,
la que peina la barba persa de las mazorcas,
la que duerme al costado de los toros sin dueño.
con los cabellos revueltos de aletazos
en la fuga sin rumbo de las aves llaneras.

Recordar el momento en que fuimos más suyos,
suyos, de esa querida Mujer de la montaña,
que sufre el mimetismo de los mundos campestres,
la mujer amarilla, verde, roja, violeta,
la mujer color de agua,

liana de las auroras, color de aurora en playa,
 espiral en los altos tallos, sin coyunturas
 en la danza incolora
 del remolino y de la racha,

Recordar el momento en que fuimos más suyos!
 Quizá cuando caían las frutas en las ancas
 y el potro nos llevaba a los grandes rodeos;
 quizá cuando los pies, en las guijas azules
 ensayaban el frío de los arroyos nuevos;
 quizá cuando en el centro de la sabana limpia
 trazó su circo azul el compás de los ojos;
 quizá cuando escuchábamos aquella voz de gente
 prisionera en el hueco hondo de las guitarras;
 quizá junto a los ojos de las novias dormidas
 bajo la luna de un golfo sin olas,
 hasta que la mañana, con sus dedos de brisa,
 nos tocaba en los párpados como en puertas cerradas
 y nos íbamos solos, con el mar en las manos
 y las manos tendidas, despertando las olas.

Recordar el momento en que fuimos más suyos!
 Acaso en la carrera por entre islotes verdes,
 con el barco escorado por los Nortes de Octubre,
 o en el simple domingo de la aldea con playas
 que echa al mar sus balandros y al cielo sus cometas,
 o en las largas fronteras, junto a las tribus hondas
 que marchan a la zaga de un rebaño de estrellas,
 o en la pampa tendidos, con la clara mirada
 zambullida en el agua de las nubes del cielo,
 con la clara mirada rebosante de nubes,
 desaguando en los ríos tributarios del viento.

Recordar el momento en que fuimos más suyos,
o buscarlo otra vez y vivirlo de nuevo!
Tal vez aquí, en la cueva del calabozo; acaso
cabalgando en la barra de los grillos, sujeto
como yedra a los altos pilares de la cárcel,
tal vez esté el momento en que fuimos más suyos.

Desnuda, en la humedad de la ergástula, acaso
la querida Mujer me estará contemplando;
con el ojo vivaz encorvado de insomnios
tal vez está esperando mi momento más suyo
y con un sol cualquiera me tomará en sus brazos
para llevarme a donde se combate por ella.

O tal vez, aquí mismo, esperará una noche
la amada Libertad, para hacerme más suyo:
Me envolverá en un frío blanco
y perderé el sentido horizontal del viaje
y saldré vertical, en el record de altura
con que los muertos libres suben a las estrellas.

22 de mayo, 1929.—Rotunda.—Incomunicación.

Inmigración

Hoy cumple aquí dos meses el nuevo gallo inglés.
 La familia del gallo es un valiente grupo:
 aquí, en el patio sucio, con zinc y viejas losas,
 con humedad y piedras,
 la familia del gallo va tirando.
 No hay un pañuelo de tierra blanda
 que escarbar con las uñas para buscar gusanos,
 no hay sol ni verde ni pedazo limpio,
 ni hueco de calor donde se esponje
 el suspiro de plumas del polluelo.
 Todas son extranjeras:
 tres blancas Leghorn de crestón batiente
 y una linda Red Polland de oro
 que firmaría el Gallo de la Pasión;
 aquí están, en la cárcel, las gallinas madamas.
 Y esto se llama Inmigración.

Las Hermanas de Luto

Cuando el poeta celebre la alcoba de la Madre,
empiece así: —Dios te salve, a tí llamamos....
Torne a su pureza de natividad,
porque al entrar a la alcoba de la Madre
sea forma de pan digna de la boca más apta.

Hoy alcé la cortina del infinito recuerdo
y entré.
El gran Jesús de corazón de llamas
vela entre los cirios inmóviles
y las copas de las azucenas;
motivos de María
sobresaltan de nardos la sobriedad del muro;
en un reclinatorio se dobla un traje negro;
mansos abuelos, avenidos al marco,
nos miran al través de su último cristal;
en la piscina del espejo
duermen el pez de Cristo y el de Tobías;
nevando bajo cortinas de escarcha,
el patinillo del lecho abre el lirio de las colchas
y la rosa de las almohadas....

La Madre duerme. En sus cabellos
 tiene el gris de los huesos del Esposo y del Hijo;
 dulce alentar advierte que sueña hermoso sueño
 (y acaso vive un poco su límpido noviazgo).

La Madre duerme. No parece
 que hubiera nadie cerca de su cama,
 pero, en torno del lecho
 velan cuatro enlutadas.
 Como cuatro rincones negros
 están allí mis cuatro hermanas.

Entré, y cuatro dedos se alzaron
 hasta cuatro bocas sin voz.
 Han vuelto a mí los ojos las hermanas de luto
 y al fin, con un acento que cose, como un hilo,
 dijo una: —Volvió el hermano preso
 y las otras: —Hermano, bienvenido.

He inquirido en los ojos de todas: —¿Está enferma?
 ¿o es que duerme la madre?
 Han respondido: —Duerme.
 Abatieron los negros rizos
 de lampo azul sobre las frentes graves
 y los labios se aprietan contra el beso de azogue,
 hasta que despierte la Madre.

Mientras tanto, las miro: son hermosas;
 alba serenidad sobre las frentes;
 doblado de gracejo el capullo del labio;
 la mano larga y fina, que pide un clave negro;
 en la nariz cabalga aquella altiva gracia
 con que afila y encorva la sangre del abuelo.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Mientras duerme la madre, miro a mis cuatro hermanas.
Toda la vida velaron las cuatro
junto a los hombres de su casa.
Sabén coser, saben curar, saben hablar con Dios
y cuando cae su héroe, saben alzar su espada.

Hilaron y cosieron para la gloria tuya,
Padre,
hilaron y cosieron para la gloria tuya,
Hermano,
y para mí gloria,
telar, aguja y lienzo
y larga espera tienen y escarnio
y clavo ardiente y duro martilleo
en los hermosos piés y en las blancas manos.

La primera es la estrella polar
que guía la navegación de la casa;
blanco timón sobre la mar sin costas
y en el huerto, serena espiga;
savia de corazón le aguza el talle,
mazorca de talento, su vendimia.
La segunda es el arrullo:
cosechada está yá de dos hijos castaños
y en la mitad de la canción de cuna
intercala también el intrépido canto.

Compañera de viajes gloriosos,
buche de garza en sobresalto,
la tercera es la hermosa y angustiada mujer:
—Dios mío, media noche y no ha vuelto mi hermano . . .

Y la última es la sombra mía,
mi guardia fiel, que me cuida el armario,
la mano sobre el hombro del Poeta:
—Vete a dormir... no te fatigues tanto...

Mientras duerme la Madre, miro a mis cuatro hermanas,
los cuatro tiestos de flores
sobre la tumba de mis muertos,
los cuatro dedos en la boca,
mientras duerme la Madre,
los cuatro rincones negros
en las cuatro esquinas de la cama enferma,
la loza blanca de los cuatro platos
con humo bueno en mi tranquila mesa....

La Madre ha despertado!
Un solo grito alumbra la estancia: —Bienvenido!
Besos llorados entre los cabellos:
—Hijo mío! Mi hijo!
Mis hermanas sollozan:
—Has vuelto, has vuelto! Soy feliz, hermano!...

Y el sol, el sol, por las ventanas cae....
Y en la alegría de las colchas nuevas
descansa el hijo de las cinco Madres.

La Rotunda. Incomunicación, mayo de 1929

Dedicación de la mañana a Jesús de Galilea

Jesús, mi comandante,
suprema fórmula de hombría,
flor de Varón en la perfección última,
As de los Ases:
a la hora de salir el sol,
yo te ofrezco el levante de mis ojos despiertos
y la semilla hinchada de mi primera idea.
Por este anhelo de justicia
que hoy desbasta mi horrendo pecado de pereza,
gracias.
Por la sed de fraternidad
que salva el panorama de mis lujurias negras,
gracias.
Por la noche bendita en que me hicieron preso,
gracias.
Por la sed y los grillos, la desnudez y el hambre,
gracias.
Por la prueba de sal en los labios indignos,
gracias.

Por el momento generoso
en que tu ejemplo me llevó a la fila
de la falanje azul;
porque, sin merecerlo, tú, mi Jefe y amigo,
me empujaste a la marcha entre los dedicados
y me estás regalando mi manjar de Deber,
por mis signo de fé clavado en tus vanguardias,
gracias!
Y ahora,
el pan más duro y con la sal amarga
dánosle hoy
y hasta la playa en sed, como un boca,
ven caminando sobre el pan salado,
caminador del mar, flor de las olas.

1929

Paseo

Después de la cena
se pasean todos por el patio;
el patio, techado de zinc
deja ver, por cinco rotos, cinco puñados de noche.
A veces, en algún puñado
entra Venus, o Sirio, o Aldebarán,
o la Luna —entonces hay fiesta—.
Casi todas las noches
alguna estrella grande se presenta;
pero a veces llega el nublado
a completar el zinc;
entonces, llueve
y por las cinco ventanillas
caen las estrellas a chorros;
un preso labraría de una gota un lucero,
como un vaso de un coco.
Esta noche, fué la Luna
y después Sirio—noche de gala!—
y después se nubló todo;
pero esta noche no ha llovido
y nos vamos yendo a los rincones
con las redes vacías.
Y pensar que una novia puede morir mañana
y no habrá un haz de noche para soñar con ella!
Ya lo sabes, invierno que nublas las ventanas,
ya nos estás debiendo dos gotas o una estrella.

Abril de 1929.

Cumpleaños del ahijado Manolo

Ahijado: ya tienes tres años de vida;
ya eres un viejo en horas,
un anciano en minutos,
casi un muerto en segundos.
Y ya has tenido un reumatismo,
que ya quisieran muchos
para sentirse hombres.

Ignoras el abecedario,
pero vas echando músculos.
Muy bien; un uppercut le aceita las bisagras
al postigo del mundo.

Me dicen que hablas bien, pero en malas palabras,
o que eres "mal hablado", en buen hablar;
el hociquito de pocas pulgas
lo tienes lleno de guijarros.
Usas un lenguaje radical
y eres un granuja, ahijado.
El azúcar de mis caramelos,
¿no te endulzó la lengua, lindo descamisado?

Aquí estoy, en la Cárcel;
somos varios.
Aquí estamos, más mal que bien,
pero es mucho decir: mal que bien, aquí “estamos”.
Apunta esto: estamos aquí
para evitarte trabajo,
para que tú, mañana, no tengas que venir.

Qué feliz serás!
Qué feliz serás, ahijado,
con tus caramelos de libertad,
tan ricos!—según dicen, porque yo
nunca los he chupado.—

Sé bueno y vigoroso
y honrado.
No sé hablarte de otro modo:
no le quites a nadie su caramelo
y no le tengas miedo al Coco.

Ya sé que has preguntado
si soy poeta
y al decirte que sí, contestaste: —Qué lástima!
En Petare los queman!

Estás en un error; para quemar poetas
falta un poco.
“Cohetes”, no “poetas” queman los de Petare;
los poetas no suben tan alto
ni suenan tanto cuando les pegan un fósforo.
Un poeta, cuando es un poeta, es un hombre,
un hombre que no roba y que se vuelve loco.

No quiero que seas poeta,
 pero muy cuerdo o muy ladrón, tampoco.
 En la palabra hombre, muy bien puedes estar:
 ni para el Seminario, ni para el Manicomio.

Crece pensando en Venezuela.
 (Venezuela es el espejo
 en que tu madre se vé cuando se peina.
 Si eres malo con Venezuela, es lo mismo
 que si al espejo de tu madre lo quebraras con una piedra.)

Siendo malo con Venezuela,
 es posible que tengas mucha plata en el Banco,
 pero, por lo demás, serás un sinvergüenza,
 o como tu dices: un ajo.

Si eres bueno con Venezuela,
 serás feliz y cuando te mires
 al espejo en que tu madre se peina,
 te encontrarás tan guapo,
 que le estarás agradecido al cristal del espejo
 hasta el cristal de tu llanto.

Aprende a decir nobles palabras
 pero tus buenos ajos, no los dejes del todo.
 Echa músculos, quiere a tu madre,
 que nunca esté el espejo ni roto ni empañado,
 y con respecto al Coco, óyelo bien: el Coco
 le tiene miedo a los muchachos.

Armando Zuloaga Blanco

A doña Josefina Blanco de Zuloaga.

“Venezuela Heroica”
es un árbol de poemas
con las hojas rociadas
de agua y de sangre
—una begonia tradicional y arbórea—.
La raíz corre el mismo camino
de hace 115 años,
aquel camino
que se abrió Venezuela como el agua:
desde Caracas
se agolpó en el portachuelo del Sur
y se zafó a los cuatro horizontes
hasta el Orinoco,
hasta el Guayas,
hasta el Chagres,
hasta el Apurimac
y cayó al mar,
deshilachado en cuatro deltas
hondos y triangulares
como puñaladas.

El poemario

salió también de Caracas,
 como esos chorrerones de aguacero
 que bajan por la esquina de las Ibarras;
 se abrió paso en los campos tostados
 hacia el antiguo cauce de los Hechos
 y se expandió, tenaz como un olor,
 en el vaho de los trópicos.

Pero al poema

—como a la Obra—

le faltaba una hoja o tal vez una flor;
 en lo alto de la copa
 el pimpollo pasmado era un camino trunco
 que dolía allá arriba como un dolor de cielo.
 Así lo sembró un día Eduardo Blanco,
 bajo un canalón de las Ibarras que campaneaba de aguacero.
 —Eduardo Blanco, el sembrador,
 tenía sangre de Bolívar, sembró un árbol y tuvo un nieto.

El árbol de “Venezuela Heroica”

cobijó un siglo de espera y de silencio;
 estaba allí, solo, enfrente del otoño,
 que le iba entresacando las flores como canas;
 los pájaros cantaban horas de nido pobre,
 un arenal le daba soledad de obelisco
 y un leñador venía sin pena hacia su tronco;
 sobre la vasta tierra
 se apagaba el camino de los Hechos,
 y un dolor quebradizo bajaba del pimpollo
 curvado ya a la tierra con curva de regreso.

Por un golfo oriental desembarcaron
 unos hombres armados de desarme y de siembra;
 fué un momento de brisa
 en que el árbol de "Venezuela Heroica"
 se sacudió hacia el sol como un ojo despierto.
 —Por el camino del mar
 vinieron tantas veces los jardineros falsos!
 la mano sin semilla, ahuecada de robo,
 el dedo curvo de saqueo,
 el agua de los ojos revuelta de venganza
 y el corazón —¡Dios mío!— el corazón sin pueblo!
 Por el camino del mar
 vinieron tantas veces los jardineros falsos!

Pero aquel día el árbol los miró largamente:
 venían en la proa; sus miradas
 llegaban como puentes a la tierra;
 se arrimaban sin rabia, como espuma
 devueltos a la playa por un deber del mar;
 sus manos emproaban la costa
 y estaban maduradas de semillas;
 el agua de los ojos
 goteaba ferviente sobre las lomas pardas
 y en un sesgo de audacia las melenas
 saludaron la brisa del amor costanero.
 El árbol los miró y a su mirada verde
 afluyó como un gozo la mirada del Nieto.

El esfuerzo era puro,
 era venezolano,
 porque llegaban a Cumaná, la cordera de América,

porque venían nietos de Sucre y de Bolívar,
 porque Caracas daba su mejor esperanza,
 porque los Andes dieron su voluntad,
 porque la Universidad dió su boína azul
 y Venezuela Heroica su nieto;
 porque los corazones
 los traían llenos de pueblo.

Hacía la trinchera del puente
 avanzaban;
 les cimbraba las costillas
 el golpetazo del máuser al disparar,
 pero las nivelaba
 el contragolpe del corazón
 que empujaba hacia el río.
 La Calle Larga de Cumaná
 sabe de esas entradas de hombres sin miedo
 y no cierra sus puertas como las otras calles.
 La trinchera del puente
 florecía de fuego
 como tapia con trinitaria.
 El árbol, allá lejos,
 tenía tenso el pimpollo del copo
 que estaba al reventar como un buche de pájaro.

Hacia el puente venía
 la bandera en la mano del caudillo:
 era un hombre podado como siembra de café;
 el viejo capataz,
 depredador,
 venía como arbusto renovado;

hecho otra vez al rojo vivo,
a martillazos de cautiverio y hambre,
con una mano en la bandera
y otra en el hombro de la Universidad;
era Venezuela tradicional,
con un propósito de enmienda
en el labio retocado de niñez;
era el mejor milagro de la hora
aquel viejo caudillo que avanzaba
entre un niño y una bandera
y traía, para su último instante,
un amor sin arrugas que volvía a su tierra.
Era el viejo poema de Eduardo Blanco
que traía en las manos el Nieto
para cantarlo en un día de fiesta.

Tres madres los miraban:
la tierra, que gritaba: —Adelante!,
la Universidad, que doblaba su torre
para herirse la entraña de pelicano
y gritaba: —Adelante!
y la madre, que no decía nada,
la madre como cauce de verano
que espera sin un gesto su creciente de lágrimas.

Cayó el caudillo bajo la bandera.
El árbol inclinó su copa
y recogió con el pimpollo tenso,
en la frente del Nieto abierta de un balazo,
la flor de “Venezuela Heroica”.

Así fué escrito el último poema del Poemario;
lo escribió en el puente de Cumaná
Armando Zuloaga Blanco.

¿Qué más? Tenía sangre de Bolívar
y era nieto de don Eduardo.
¿Qué más? Tenía veinte años, sus palabras
aún sabían a leche y ya sabían a tierra.
¿Qué más? Dejó a su madre, confundido de madres.
¿Qué más? Era Estudiante y Poeta.
¿Qué más? ¿Qué más? Oh, sí, algo más:
le dió en los ojos la bala que lo mató
y le cortó la última mirada
que le cayó de la boína
como lluvia con sol.
Sobre la tierra de Sucre, el nieto de Bolívar,
bautizó la Revolución.

En el cementerio de Cumaná
lo enterraron;
a la madre trajeron sus ropas manchadas de sangre;
en la Universidad las boínas saludaron,
y el pueblo con boca de padre
tiene ya tres palabras nuevas
que enseñar a los niños:
Armando Zuloaga Blanco.
Los niños las irán diciendo de memoria
y saldrán de la escuela con el dulce en los labios.

Soldado, camarada,
que en el puente de Cumaná

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

lo apuntaste sin odio y le pegaste un tiro,
hermano que lo fusilaste,
¿cómo harás para fusilarlo
en el corazón de tu hijo?

Caracas, La Rotunda, agosto, 1929.

Dofia Josefina: no es un poema lo que puede consagrar su dolor y el nuestro, sino el recuerdo mismo de la muerte de Armando, momento soberano en la vida nueva de este pueblo. Este es el consuelo único digno de la madre. Armando es un rehén demasiado precioso para que la gloria pueda devolvérselo a usted. Confórme-se, pues, con dejárselo a ella, que se lo guardará hasta el día del reencuentro. Su amigo,

Andrés Eloy.

EL CASTILLO DE PUERTO CABELLO

La mar

Otra vez, compañeros,
 cuando creíamos
 estar ya para siempre con la tierra,
 he aquí que la mar nos ha ganado.
 He aquí que nos cambian de prisión
 y nos traen al Castillo que está en mitad del agua,
 bañado de olas verdes y de humo y de espuma,
 y de llamadas de vapores grises
 y de bocanadas de movimiento
 y de olor de zarpadas lentas y calurosas.
 He aquí que aspiramos
 buches de zafarrancho y de piratería;
 he aquí que los lomos sudan la mala brea
 bajo el sol calafate
 y las drizas nerviosas
 y la arboladura de los brazos
 crujen ya al ondear de las melenas
 zafadas como estayes en el tumbo del viento.

Henos aquí en la mar,
a bordo del Castillo que ha de levar las anclas
con sus cien hombres que aman la mar,
con sus cien mástiles embanderados de gritos.
Henos aquí, compañeros,
esperando la hora en que el Castillo zarpe
y echemos por las bordas el lastre de los grillos
y el gran barco de piedra ponga proa a la costa
y ande sobre los montes como sobre olas verdes,
hasta arriarnos a todos entre las muchedumbres,
entre las muchedumbres combatientes
entre las muchedumbres ya pagadas,
entre las muchedumbres ya tranquilas,
saciadas de justicia, silenciosas de gesto,
entre las muchedumbres sosegadas de playa,
gravemente amainadas, como la mar de un puerto.

Castillo de Puerto Cabello.

18 de noviembre de 1929.

Canto de los hijos en marcha

Madre, si me matan,
 que no venga el hombre de las sillas negras;
 que no vengan todos a pasar la noche
 rumiando pesares, mientras tú me lloras;
 que no esté la sala con los cuatro cirios
 y yo en una urna, mirando hacia arriba;
 que no estén las mesas llenas de remedios,
 que no esté el pañuelo cubriéndome el rostro,
 que no venga el mozo con la tarjetera,
 ni cuelguen las flores de los candelabros
 ni estén mis hermanas llorando en la sala,
 ni estés tú sentada, con tu ropa nueva.

Madre, si me matan,
 que no venga el hombre de las sillas negras.

Lléname la casa de hombres y mujeres
 que cuenten el último amor de su vida;
 que ardan en la sala flores impetuosas,
 que en dos grandes copas quemén melaleuca,
 que toquen violines el sueño de Schumann;
 los frascos rebosen de vino y perfumes;
 que me miren todos, que se digan todos
 que tengo una cara de soldado muerto.

Lléname la casa
de flores regadas, como en una selva.
Déjame en tu cuarto, cerca de tu cama;
con mis cuatro hermanas, hagámos consejo;
ténme de la mano, ténme de los labios,
como aquella noche de mi padre muerto,
y al cabo, dormidos iremos quedando,
uno con su muerte y otros con su sueño.

Madre, si me matan,
que no venga el coche para los entierros,
con sus dos caballos gordos y pesados,
como de levita, como del Gobierno.
Que si traen caballos, traigan dos potrillos
finos de cabeza, delgados de remos,
que vayan saltando con claros relinchos,
como si apostaran cuál llega primero.
Que parezca, madre,
que voy a salirme de la caja negra
y a saltar al lomo del mejor caballo
y a volver al fuego.
Madre, si me matan,
que no venga el coche para los entierros.

Madre, si me matan,
y muero en los bosques o en mitad del llano,
pide a los soldados que te den tu muerto;
que los labradores y las labradoras
y tú y mis hermanas, derramando flores,
hasta un pueblo manso se lleven mi cuerpo;
que con unos juncos hagan angarillas,
que pongan mastranto y hojas y cayenas

y que así me lleven hasta un cementerio
con cerca de alambres y enredaderas.

Y cuando pasen los años,
tráeme a mi pedazo, junto al padre muerto
y allí, que me pongan donde a tí te pongan,
en tu misma fosa y a tu lado izquierdo.
Madre, si me matan,
pide a los soldados que te den tu muerto.

Madre, si me matan, no me entierres todo,
de la herida abierta sácame una gota,
de la honda melena sácame una trenza;
cuando tengas frío, quémate en mi brasa.
cuando no respires, suelta mi tormenta.
Madre, si me matan, no me entierres todo.

Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que me matan,
pónmela en la herida por la que me muero.

Llora en un pañuelo que no tenga encajes;
pónme tu pañuelo
bajo la cabeza, triste todavía
por la despedida del último sueño,
bajo la cabeza como casa sola,
densa de un perfume de inquilino muerto.

Si vienen mujeres, diles, sin sollozos:
—Si hablara, qué lindas cosas te diría!

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Abreme la herida, ciérrame los ojos...

Y una palabra: JUSTICIA

escriban sobre la tumba.

Y un domingo, con sol afuera,

vengan la Madre y las Hermanas

y sonrían a la hermosa tumba

con nardos, violetas y helechos de agua

y hombres y mujeres del pueblo cercano

que digan mi nombre como de su casa

y alcen a los cielos canto de victoria,

Madre, si me matan.

Mayo de 1929.

La Estatua

Arévalo González o el Aguante.

Profesor de Cárceles,
 Doctor en Grillos,
 en tu vertical precursora
 se resarcen veinte años de curvatura.
 Venezuela se salva en tu simple cristal
 de todos sus pantanos revueltos.
 Caudillo sin horda,
 pudiste arrastrar veinte mil hombres
 con levantar la mano armada,
 pero tu vela no navega en sangre.
 Sólo tu pecho, sólo tu ancho pecho
 das al fuego en las horas injustas.
 Indefectiblemente,
 como ofrenda fatal, en el instante
 de cada nuevo ultraje, te presentas,
 y nó como podrías al frente de las furias,
 sino en un limpio gesto de entrega a los verdugos.

Nada más, sino un don:
 tu carne y tu latido puestos sobre las aguas,
 como un lirio fatal en la hora de fango.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Te proclamo, precursor,
como signo de aguante que nos salva en el mundo.
Te consagro el gesto pobre
de mi protesta echada al cielo azul,
y el ínfimo dolor que me ha tocado
va a tu recio vivir de sacrificio,
como un mezquino arroyo a un Orinoco hirviente.

Brindo a tu paso el vino de la ofrenda paupérrima:
de mi dolor de espina a tu dolor de llama,
de mi abeja a tu buitre de Prometeo,
de mi escasa ración de amargura
o tu opulento vaso de divinas retamas...

Profesor en Cárceles,
Doctor en Grillos:
la mengua de las espadas sin honor
se salva en tí;
el signo justo de la escuadra,
cuando nada tenía, lo encontró Venezuela,
oh Caudillo sin armas,
en tu desnuda perpendicular
que forma ángulo recto con los muertos más puros.

Si se pudiera encabritar una oveja
con un engallamiento de caballo de estatua,
así será tu símbolo:
alzado de coraje sobre el minuto muerto,
y en el vellón de mármol, la Resistencia anclada.

Pero, ya tu estatua eres tú mismo,
Profesor en ergástulas, profesor de Calvarios;
a grillo y desnudez, ya estás a punto:
pie de bronce y cuerpo de mármol.

Los instigadores

La Chouanerie de la República.

Arboles huecos,
selva inhóspite
a los ojos del día;
pero en la noche
salta la astilla de un silbido
como un clavo de plata de una mesa de ébano;
y de los árboles
empiezan a salir hombres
que estaban allí, sin voz
(empiezan a salir campanas de las torres).

La palabra es el fruto nocturno de la selva
y por las negras picas van los Instigadores.

Al llegar el día,
los árboles, encolados de mudez,
guardan su grito, como caracoles.

La noche es la hora de instigar a la luz;
el árbol goza más sus nidos en la noche:
la noche es una instigadora de estrellas
y el árbol un instigador de pichones.

¿Ves pasar esa sombra por entre aquella sombra?
Es que el viejo samán vá con el viejo roble.
Y un día, al fin! saldrán las aves del Castigo,
como frutas lanzadas por el puño del bosque.

Más que savia del árbol son savia de los nidos
los Instigadores.

Castillo de Puerto Cabello—1930.

Las encubridoras

El espía no ha visto a las Encubridoras.
 Las presiente, las sabe,
 pero no las encuentra.
 El sabe que en la noche,
 él sabe que en la madrugada,
 él sabe que en pleno día,
 frente a su cara boba,
 frente a su cara de espía,
 pasan las Encubridoras.

Pasa un automóvil lento,
 en él van dos mujeres de noble estampa criolla;
 de las que hablan francés.
 de las que van a Europa,
 de las que bailan y beben
 high ball en las Legaciones,
 las de misa de doce en la Santa Capilla,
 las madres de los héroes, las hijas de los próceres.
 Vienen de oír Misa;
 van a buscar a un hombre.

Pasa un automóvil a sesenta por hora;
los ojos del espía
devoran dos mujeres de noble estampa criolla.
Van dejando una risa más valiente que un hecho,
van redimiendo un día, van salvando una noche;
van desafiando al Hecho con la esperanza al aire;
van a esconder a un hombre.

Son las madrinas de la Revolución,
que esconden al Revolucionario perseguido
como un puñal de oro en su joyero.

Son las hijas de la República,
que guardan la Libertad
como un billete de amor entre sus senos.

Vi pasar a la Madre, ví pasar a la Esposa,
con uno que no era su Esposo ni su Hijo,
con un hombre a quien quizá veía
por la primera vez,
con un hombre a quien ella
talvez no le sabía ni el nombre ni la vida,
las he visto pasar
con unos hombres torvos que no las conocían.
Iban como marido y mujer... y lo llevaban
con una marcha quieta, del que no tiene prisa.

Así va, la madrina de la Revolución,
la amada Encubridora,
la que bebe su whisky diplomático
y por las noches abre su ventana sin luz
y engaña al mal Gobierno como a un marido malo.

Espía del Gobierno,
 espía del Club,
 espía del Cuerpo Diplomático,
 espía por vocación, radioescucha de nacimiento,
 mujer espía,
 pobre espía,
 podrás vencer una revuelta,
 pero nunca a una Encubridora,
 que es la Revolución.
 ¿Qué se va a hacer, amigo espía?
 descubre tu Revuelta
 y tu Revolución, déjala en marcha:
 la Revuelta es un puñal, pero, mi amigo,
 la Revolución es una vaina.

Madrina Encubridora,
 flor de Revolución venezolana,
 el hombre que escondiste aquella noche
 sueña contigo siempre que sueña con la Patria.

Castillo de Puerto Cabello—1929.

María Luisa Nass

Trajeron el retrato de Maria Luisa Nass;
por una grieta se metió al calabozo
este rayo de sol.

Todos fuimos en grupo a mirarla: el retrato,
en las manos del padre era una rendija
por donde todo preso quería ver el campo.

La niña está mirándonos en su retrato oscuro
y cuando la dejamos descansar con su padre
es para contemplarla desde cerca
con un aire buenazo de tíos satisfechos.

—En esta parentela que no romperá nadie
es el hijo del preso sobrino de los presos—.

Hoy vino esta sobrina rubia
y toda la familia se olvidó de la casa,
la oscuridad tuvo un resuello de postigo
y los grillos sudaron un óxido de gracia.

Cuando ya todo está quieto
cuando dejaron el retrato
en un aparador hecho con cajas viejas,
yo permanezco aquí junto a la niña rubia,
como un insomnio junto a un farolillo.

Es cierto que da mucha pena
 verla en este sitio sucio, oscuro;
 da dolor verla a ella, tan linda,
 sobre ese aparador de cajas viejas
 que dicen todavía en horribles mayúsculas:
 "Bernotti & Cia., Sucesores,
 Puerto Cabello";
 da rabia este negro rincón
 que la rodea aquí, como charco al lucero;
 es verdad que da pena verla en el calabozo,
 junto a estos hierros fríos su maravilla rubia
 con ese desamparo de canario en el Polo.

Pero, por otra parte, me está regocijando
 el feo aparador con ella sola
 como luz de hornacina
 que me rejuvenece la frente prisionera
 cuando pienso en el viejo mercado de Caracas,
 con su alegre retablillo
 a la plomiza hora de queda,
 donde el candil del Corazón de Jesús
 le rebaja la edad al gran reloj de piedra.

Esta linda muchacha se parece a su padre:
 el mismo pelo rubio —aunque en ella se afina
 la terquedad del cabezota tudesco,
 en ella Dios afiligrana el oro
 de ese diablo alemán surgido en Barquisimeto—.
 Su sonrisa está llena de humor,
 del que gasta Hermann para hablar mal del gobierno.

Pero hay algo en María Luisa Nass
 donde el padre se pierde tras una lumbre nueva;
 en Hermann Nass, el testarudo,
 hay algo poderoso y frío,
 como su pensamiento;
 es un vanguardista del siglo veintinueve,
 pero en sus ojos vaga un poco ensombrecida
 la lividez friolenta de un asalto al machete.
 En ella nó; sus ojos
 tienen una bondad de infinita belleza;
 esa bondad de los ángeles
 de Pedro Christus, de Filippo Lippi,
 esos ojos padrinos, de clemencia infraganti,
 esa bondad que nos disuelve el odio
 es una roncha en la frente del alma.

Esa luz no le viene del minero;
 esa es luz de la mina
 esa es luz de la madre.
 Esos son los ojos
 con que las madres nos mirarán;
 con ellos detendrán las espadas en alto,
 con ellos salvarán la obra del delito,
 con ellos mandarán el "Cese el fuego!",
 con ellos ordenarán el perdón,
 en ellos flotará la tierra de mañana,
 la tierra de las tierras unidas en un ritmo,
 como el polvo del aire en un sol de ventana.

Las madres son la salsa de esta hora,
 la mejor para darle un hijo al mundo,

y ellas, al darlo, encierran—pongamos por milagro—
toda la sal del mar en un salero de Benvenuto.

Así es María Luisa Nass,
hija de revolucionario,
infinita bondad e infinita belleza;
junto al padre, fatal como un propósito,
ella tiene lo intacto de una Idea.

Nosotros cerraremos los ojos
en la hora de sangre,
nosotros cerraremos las manos
en el momento ineludible del choque,
nosotros cerraremos el corazón
en el agrio día de golpear,
pero después, firmes,
nuevos,
en el momento de justicia
con la Revolución asentada en los hombros,
tenso el músculo revolucionario,
entornado el párpado de la audacia,
la veremos de nuevo,
limpidamente bella,
como la idea revolucionaria.

María Luisa Nass,
dos veces hija de rebelde,

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

una vez en la vida,
y otra en el claro anticipo de humanidad;
estás iluminando el rincón de los presos
y mañana,
en la hora de las horas,
será sol sin castigo de los malos hermanos
tu mirada de valiente misericordia.

13—Marzo—1930.

Castillo de Puerto Cabello.

La llave de la montaña

A Natty Gabaldón.

El guerrero fué a vivir
con Dios y con la montaña;
cuando llegaron los hijos,
lo encontraron sin espada.
El guerrero fué contando
los árboles que cortó
cuando iba con los soldados.
Y los fué pagando todos
desde la raíz al nido
y los fué pagando en árboles
y en hijos.

El guerrero le dió al Hijo
su secreto de hacer árboles,
su secreto de hacer nidos.

Todas las cosas del bosque
se regaron de sudor
y olía la selva a hombre.

A una hija le dió el trigo
y a otra el cañaveral
y a otra el agua del río.
Y a otra le dió la luz
que le quedó de la espada
para que la niña abriera
el alba de la montaña.

La niña sabe que tiene
que abrir pronto la ventana,
ella sabe que no puede
quedarse mucho en la cama
y le madruga en los ojos
aquél cántaro de agua
que es el mirar donde tiene
la llave de la montaña.

Tiene un pedazo de todo:
un buche de la quebrada
y de la voz del turpial
un grano de oro.

Ella se vá contra el viento.
Ella tiene la montaña
desplegada en los cabellos.

De pronto vé un hombre muerto:
tiene la espalda en un árbol
y la ancha herida en el pecho.
De los valles le venía
a la niña un gran dolor

de tierras escarnecidas;
 ella vió el pecho del hombre
 y oyó que hablaba la herida:
 —Vienen talando la tierra—
 decía.

La niña corrió a la cumbre,
 donde el guerrero regaba
 la montaña con las nubes.
 Clamaron. Los hombres iban
 hacia el guerrero, tendiendo
 las manos sedientas de armas,
 la voz hambrienta de fuego.
 El guerrero los miraba,
 pero los hombres del bosque
 lo encontraron sin espada.

Y fué entonces cuando huyó
 la niña hacia los torrentes,
 donde guardaba la luz
 de abrir el bosque en el alba.
 La niña trajo en los ojos
 el hilo de una mirada
 recienhecha en los regatos;
 la fué pasando en sus dedos,
 la fué fundiendo en su rabia,
 la fué hilando hasta el acero
 como un invierno en el agua;
 y el guerrero la empuñó,
 la sacudió sin quebrarla,
 y bajó, llevando en alto
 la llave de la montaña.

La niña quedó dormida,
ciega de llanto en la cama,
porque en la mano del padre
iba hacia el sol su mirada.

Un día volvió el guerrero,
le dió a la niña su espada
y ella la vació en sus ojos,
que se le llenaron de agua.

Y fué gritando: —Es la hora!
Qué amanecida tan larga!—

Y dió una vuelta en sus ojos
la llave de la montaña.

C. L.—Nº 3—Fbr. 2, 1931

Singladura

Fué un hallazgo de la tarde
y un regalo del mar
para el velero en que íbamos
los setenta costeños.
Porque lo que allí vimos
no lo vió nadie que haya cruzado el mar.
No hay ni memoria de navio alguno
que tuviera una hora como aquélla
ni un momento de mar bajo las bordas
como el que tuvo el nuestro en el agua caribe.

Costeábamos. (Somos de cabotaje)
A sotavento
desfilaba la alta costa venezolana,
toda unida a nosotros por setenta deseos.
Inesperadamente,
el hombre que de noche cuenta cuentos de muerte,
gritó:—Un escollo a proa!—

El timonel nocturno
se fué en la noria de la caña
y todo, el mar, los trópicos, el cinto de la zona,
todo viró en orzada de heliotropo.
Y vimos a babor una piedra en el agua.

Pero, sobre el escollo había una mujer.
¿una mujer? ¿un náufrago?
Nó! Una Sirena!

Nuestro velero
se bautizó en el canto que ella rompió en la proa.

La vimos todos! Y podemos jurar
que estaba ciega!
Sí, la Sirena Ciega,
inválida,
estaba allí a la vera de la avenida azul
y cantaba con la mano tendida,
como ciega mendiga en una calle.

Podríamos jurarlo
ante la más sagrada noche de los océanos;
allí hemos visto, junto a la costa nuestra,
a la Sirena del Caribe,
con las manos tendidas hacia todas las naves
y con los ojos ciegos virándole en la cara
y el canto faenero apuntado a los mares.

Mar del margariteño, mar del venezolano,
eso fué lo que vimos los setenta costeños
en una singladura sobre tu lomo esclavo
como tus pescadores:
Deshojada la rosa de los vientos,
canta y pide la Musa de las navegaciones....

Castillo de Puerto Cabello—1931.

Estudio de volumen

Gris, del gris sin calidad
de las auroras frustradas en llovizna.
De un lado, el rincón del calabozo
tuesta el gris plomo hasta un tabaco oscuro.

Arriba, un rehilo perla
y acaso un blanquear que no se atreve a nada.
Abajo, en el suelo,
gris despedido ya hacia fórmulas de agua.

Muertas vaguedades de objetos,
cosas secundarias,
segundos papeles del motivo.

En el centro, un chinchorro.
De abajo se vé bien
la forma del que duerme con las piernas abiertas:
parece caer de un trapecio

o de un avión.
En sus contornos
invade un filo oscuro que absorbe curvaturas;
en su momento de caída
se salva espesamente en el gris de las cosas
que atenúan, permeables, su descanso dormido.

Amanece.

Una mano resbala y cae del chinchorro;
la luz le dá y la mano, que vacila, sin hombre,
lo es todo, en el piadoso Universo que empieza.

Castillo de Puerto Cabello. Calabozo 3.

La novia contrabandista

Sin aduana de espionaje
llegó el contrabando verde;
envuelta en papel de seda
la Novia llegó a las nueve.

Ni el Castillo ni la Isla
vieron cómo se acercaba
la Novia contrabandista.

Bolineando la asechanza,
la flota viró a la Noche;
bajo peñascos de alertas
entró una vela al Islote.

En un cacho de papel.
novia, casa, sol, vinieron:
el sol en la gota de agua,
casa y novia en el reflejo.

Vino la Novia. Y no ha muerto
con ese color de espuma!
las flechas de tres aromas
drizaron la arboladura.

Y fueron los tres olores
sudor de las tres fragancias:
cabello, boca y corpiño
de novia reciénbañada.

Tres aromas la trajeron.
En la carta de la Novia
llegó hasta el lunar del seno.

Todo el blanco de la Novia
llegó con cuatro palabras
que tienen sazón de boca.

Y llegó todo con ella:
llegó la ciudad callada,
con el dedo de la torre
sobre el labio de la plaza.

Llegó la huelga amarilla
del aledaño con árboles
y las hojas sin trabajo
que agosto dejó en la calle.

A contrapelo del bosque
sopló la siembra aliñada
polvo de sol con pichones.

Llegó la calle ferida
con bufandas deportistas
y droga de invitaciones
sobre ojeras en capilla.

Entre azuleos de cancha,
nubes vestidas de tennis
drivean lunas de plata.

Y la casa de la Novia
llegó, en su jardín metida,
como balandra en las olas.

Cequión de pescar promesas,
el seto de garbanillo;
el bergantín de la brisa
llegó, cargado de pinos.

Llegó la cúpula roja
con punta de corazón
y el sofá lleno de novia.

Yema de sus blancos dedos
vino empujando la quilla,
entre un babor de esperanza
y un estribor de vigilia.

Llegó el contrabando verde
a la ensenada sin faro.
Los ojos del prisionero
llevan cien noches nadando.

Y en un alivio de racha,
los cicales sacudidos
echan domingos de ramos
en la Pasión del Castillo.

A la ensenada sin velas
llegó el contrabando verde
bajo peñascos de alertas.

Con su cántaro amarillo
se acerca la madrugada,
a despertar las cornetas
para llenarlas de diana.

Y ahora, con sol afuera,
¿qué dirán los carceleros
cuando vean tanta calle
desembarcada en los presos?

Castillo de Puerto Cabello.

¿Cuántas estrellas tiene el cielo?

La última noche que pasamos juntos,
lo preguntó;
por eso lo recuerdo como el adiós del mundo.

—¿Cuántas estrellas tiene el cielo?

—Trescientas cincuenta mil.

—¿A que nó?

—A que sí?

—Cállate. Esta noche
no quiero que preguntes esas cosas.
Esta noche, si quieres preguntar
cuántas estrellas tiene el cielo,
o cualquiera otra cosa,
pregunta algo así como ¿me quieres?
¿tienes frío? ¿quién dice que tiene hambre?

Esta noche, pregunta algo que sea
contestado en el mundo sin palabras.
Interroga con toda tu sangre
algo en que toda la vida del mundo
esté preguntando,
algo así como ¿quién llora?
¿hace falta algo?

Y verás cómo todo hace falta
y sabrás cuántas estrellas tiene el cielo
cuando sepas que el cielo tiene una sólo estrella
para cada momento,
porque con una que se pierda
dará un paso de sombra la luz del Universo.

Castillo de Puerto Cabello.

Canto al agente viajero

Venezolano total,
 agente viajero que va a todas partes.
 Cabeza de mapa.
 venezolano en campaña;

Hoy en la costa,
 mañana en el llano;
 un día en Oriente,
 otro día en los Andes.

La Ceiba de San Francisco, al primer ventarrón
 los dispersa . . . hojas verdes para todas las calles.

Saben cuartear un carro,
 orientan la nariz al olor del jagüey,
 se echan el automóvil a la espalda en los baches;
 cruzan el ancho estero con agua a la coraza,
 patronean el bongo y el caballo;
 juntan su voz al coro de chenchenas fluviales;
 hablan turco;
 cuando no venden en la tienda
 venden en el botiquín
 y tratan de tú a los cuatro puntos cardinales.

Detrás de cada río les espera un amor,
detrás de cada tapia dejan llorando a alguien;
se arremangan en los caminos
y bailan rumba en las ciudades.

Yo quiero a este soldado civil,
amo a estos bravos hombres con cabeza de mapa,
que llevan una brújula prendida a las narices.
Ellos son nietos limpios del español realengo,
del segundón sin casa, dueño de todo el mundo;
este hombre ama a su tierra toda, sin distinciones,
lleva el amor pegado a las patas del potro;
este hombre audaz conoce los cantos del idioma
y los habla, gustándolos, y así dice en andino
y en larense y en margariteño
lo que haya que decir para que compre alguno
o para que alguna quiera.

No hay sol que no le pegue ni mal camino en donde
no haya estado este hombre amador de la tierra;
la ha transitado toda y le tiene confianza
y la goza en la carne de todos sus caminos
y la abarca en sus brazos como en un horizonte.

Yo he sabido quererlos en toda Venezuela,
porque siempre fui en ella algo agente viajero;
han sido mis mejores amigos en los campos;
por las anchas llanuras cabalgamos en grupo
y en las ciudades, juntos, vimos salir el sol;
los he visto marchar veinte leguas ardientes

para llegar a un pueblo y estar la noche en claro;
 los he visto cruzar hondos ríos con fieras,
 los he visto valientes,
 los he visto, arbitrarios,
 e inagotablemente generosos,
 porque son abiertos, como el llano.

Quiero a esos hombres activos de mi tierra,
 hijos de los caminos, dueños de las ciudades,
 quiero al ginete súbito, que va a pedir café
 a la tranquera del ható
 y se lleva el café y el abrazo del peón
 y el sabor de guayaba de la hija del amo.

Agente Viajero,
 venezolano en marcha,
 tan lejos de mi estribo, te saludo,
 hermano a caballo, cabeza de mapa.

El saludo inmóvil
 me hace saltar los ojos a tu horizonte ilimitado
 y me siento en un punto de las costas de Apure,
 junto a la claridad de tus ojos baquianos.

Y me esperas y llego y seguimos la marcha,
 ribeteando el palmar, hacia los bancos,
 nuestros caballos mezclan el humo de sus belfos,
 como chozas fronterizas donde están cocinando...

—Se ha vendido muy poco.... Versos.... Cantos....
 Un toro... el potro desconfía...

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

—Compadre... en El Yagual hay unos ojos
que le dan paludismo a la quinina...

Está saliendo el sol... La mañana del llano
sabe a leche y es fría,
lo primero que ordeñan
es el garcero, que lo ordeñan hacia arriba.

El hombre de cabeza de mapa
lleva la última estrella en el pico de la silla
y el último fogaje de mujer en el anca.

Los grillos me han hecho callos

Por la mañana me encuentro
la sábana a media pierna.

—Qué frío hace!
—dicen todos, y se meten
entre burbujas de trapo.

Pero, yo no siento frío,
ni calor, ni piel siquiera;
los grillos me han hecho callos
en las piernas.

La reja se vuelve arado
sobre el cielo de la puerta
y ya el tablón de la noche
retoña copo y candela.

Vienen olores de casas
y de gentes que trafican,
vahos de luz de ciudad
suben
y se podrían mirar.

Pero yo no veo nada
sobre el surco de la reja
en flor de luces y copos;
los grillos me han hecho callos
en los ojos.

Andan cantos de soldados
rondando por las terrazas;
oyéndolos, bien podría
gustarse un poco de calle,
un poco de serenata,
de novia,
de excursiones por la noche,
bajo árboles,
junto a ríos injertados
con guitarras.
Oyéndolos, bien podría
cantarse un poco la noche.

Pero, yo no canto nada
ni recuerdo mi canción,
los grillos me han hecho callos
en la voz.

Alguien se queja: algún preso,
un moribundo, una ola;
tal vez un poco más lejos
se queja la muchedumbre.
Duele un dolor de pobladas,
duele un dolor de dolores;
alguien se queja; en la queja
se quejan millones de hombres.

Esta noche se podría
llorar;
en esta noche tan clara,
tal vez se podría hacer
mejor que nunca una lágrima.

Pero yo no lloro nunca;
los grillos me han hecho callos
en la Angustia.

Callar... Se ha puesto la noche
como para estarse en ella
entre callado y dormido,
callado, quieto, callado...
destilado gota a gota,
desleído sueño a sueño,
marchado por una arena
de recuerdos.

Se podría estar callado,
callado... pero no puedo!
Los grillos le han hecho callos
al Silencio.

Castillo de Puerto Cabello—1931.

Los Hombres

Venezuela está ciega y necesita sol.
Y las novias han dado sus miradas.

Venezuela está insomne y necesita noche.
Y las madres han dado su última trenza negra.

Venezuela está exhausta y necesita lecho.
Y las hermanas dieron sus pequeños regazos.

Venezuela está ardiendo y necesita agua.
Y las viudas han dado sus heridas mojadas.

Venezuela está muda y necesita voz.
Y los hijos marcharon con la voz de los grillos.

Venezuela está inmóvil y necesita andar.
Y los muertos han dado su largo hueso en marcha.

Venezuela ha llamado a sus hombres.
Y ellos iban de espaldas, amarillos de fuga.

Pesadilla con tambor

Juanchito...

Anito...

Silverito...

Guillermito...

Camero.

Ranero.

Cepo balletero.

Rodríguez Rivero.

Itriago.

Sayago.

Arcaya.

Carvallo.

Bello. Guerra Bello.

Carecaballo.

Puerto Cabello.

Aristimuño.

Cuartel del Cuño.

El Comisario.

José Rosario.

Maracay.
Ay. Ay. Ay.

Rafael María
José María.
Pedro García.
Jorge García.
José Rosario.
Pedro María.
Frias. Frías. Frías.

Los desterrados.
Los torturados.
Los degollados
Los Consulados.

Hermanos Gómez. Hermanos Gámez.
Los Bienvenida. Cochino Inglés.
López Rodríguez. Rodríguez López.
Pietropaoli.
Josué. Josué. Josué.

Adolfo Bueno. Díaz González.
Cien días. Mil días.
Cuántos días preso?
Bueno. Díaz González.
Preso: cuándo sales?
Los Díaz. Los Buenos.
Buenos Días, González.

Grillos. Grillos. Grillos.
La Rotunda en el Castillo.

Porras. Volcán. Sandoval.

Patanemo en las Colonias.

Palenque con Naricual.

Castillo y Rotunda.

Ministra de Holanda.

Pedro Alcántara Leal.

Vienen degollando.

Vienen velazqueando.

Vienen sayagueando.

Nereo. Fusiles.

Mil Jefes Civiles.

Grillos. Grillos. Grillos.

Plan en Los Hatillos.

Plan en Candelaria.

Plan en Camoruco.

Trompillos. Trompillos.

Grillos. Grillos. Grillos.

Tinoco. Fonseca. Bejuco.

Arveja. Quinchoncho.

Evencio. Florencio.

Don Juancho. Don Concho.

Eustoquio. Aparicio.

Suplicio. Suplicio. Suplicio. Suplicio....

Vidrio molido.

Bola y cadena.

Viene Velazco.

Viene Requena.

Vienen Pimenteles.
Vienen Tarazonas.
Vienen Colmenares.
Veinte. Treinta. Cien.
Hidalgo.
Don Santos.
Rubén.

Marión.
Valentine.
Fulleborn.
Román.
Rincón.
Tocorón. Tocorón. Tocorón.
Chacón. Chacón.
Parra Picón.
Parra Picón.
Parra Picón...

Castillo de Puerto Cabello, 1931.

Estrella del Cielo

Estrella del cielo,
ya sé que te quejas
porque me he olvidado
de darte los ojos
en la más penosa,
en la más larga,
en la más indefensa
noche.

Y yo te digo,
estrella del cielo,
que esperes.

Te niego mis ojos
hasta que la tierra
diga su pimpollo.

Mis ojos te niego
porque los he dado
a los surcos huérfanos.

Para que comprendas,
mira a los labriegos:
cuando están curvos a la tierra
le dan la espalda al cielo.

Cuando el surco diga
su tallo primero
me estiraré todo
y alzaré los ojos
limpios, limpios, limpios
como las cosechas,
estrella del cielo.

1930—Castillo de Puerto Cabello.

Presentación mural del hombre honrado

Hombre honrado de Venezuela,
 patriota sellado de honradez
 por derecho de nacimiento,
 por derecho de calva y anteojos,
 por derecho de abuelo con levita,
 hombre de aspecto, y en el fondo, honrado,
 pero, honrado no más, sin movimiento,
 sin riesgo,
 solemnemente virtuoso,
 paralitico ilustre, honorable egoísta,
 indiferente,
 consagrado por la opinión nacional,
 amueblado por tu honradez pepetua,
 por tu honradez cobarde, por tu cobarde gravedad,
 viviendo de un seguro de vida venturosa
 con tu renta de diez por ciento sobre el respeto general.

Estatua honrada:
 eres abominable.
 Eres como esas cosas de marca acreditada
 que nadie compra nunca, aunque sepan que es buena,
 porque no sirven para nada.
 Eres una pelota que nadie lanza a nadie,
 una lata de Rodel que nadie come,
 un pan muy bueno que a nadie alimenta,

una maravillosa cama
donde nadie se acuesta.
Eres honrado, honrado, honrado, honrado.
Eres un sinvergüenza.

Banquero,
Presidente del Carnaval,
Director de Creches,
Filántrofo de fiestas con frac
y cuadros vivos con patrias tiesas,
oficial de la Orden del Libertador,
Pendejo con palmas académicas,
ni le matas el hambre a nadie,
ni le quitas a nadie el frío,
ni le amparas a nadie el sueño.
Hay un límite en todos tus designios honrados:
el Gobierno.
Representas muchos intereses;
pero nunca recuerdas el interés del pueblo.
Que roben, que asesinen, que recluten,
pero que tú y la Cárcel se saluden de lejos;
la honradez de la Patria no habrá sufrido nada
mientras tú no estés preso.

Te admiro. Eres virtuoso.
Los demás luchan, los demás tienen hambre,
los niños se hacen engrillar,
los campesinos se hacen matar,
las mujeres se hacen ultrajar,
y tú,
permaneces mudo,

solemne,
 espectador,
 honrado,
 honrado,
 abominablemente honrado.
 Pero yo sé que nunca
 alcanzarás siquiera la honradez del Tirano.

Sonries.

Esperas.
 Harás un gesto cuando te convenga,
 cuando la sopa esté a tu gusto.
 Mientras tanto, haces plata,
 y todos esperamos que tu gesto haga el mundo.

Mañana,
 te prometo decir: —Ese es el Hombre;
 banquero, padre de familia,
 doctor, honrado, buey.
 Yo le conozco! Es la honradez ahita
 que está orinando su honradez.

Hombre honrado de Venezuela,
 Ministro del futuro mediocre
 que se presiente ya como una indiferencia;
 cuando sea Ministro, gozaremos
 su honradez de soltera
 y nos descubriremos al pasar su Virtud
 y nos agacharemos para verle las piernas.

Desde este calabozo donde los hombres mueren,
 saludo al Hombre virgen que parirá cuando convenga.

CARCEL DE PUERTO CABELLO

Tránsito de un retrato de novia por la cárcel

Hoy no ha podido el techo
 quitarme el sol, como todos los días;
 hoy no ha podido el techo
 quitarme las estrellas, como todas las noches,
 porque hoy vino el Retrato.
 Saltó la tapa de este viejo cofre
 y he visto al cielo con su sol de guardia.
 La novia venía sólo
 y en grupo con la mañana.

Yo no me daba cuenta
 de lo hermosa que era, de lo que eran sus ojos;
 amigo, hay que estar preso
 para saber lo hermoso que es lo hermoso.

Yo no me daba cuenta
 de aquéllos ojos anchos, con una luz paisana,
 donde el quieto país de las pupilas
 oprime la provincia de una lágrima.
 Yo no me daba cuenta de cómo todo eso
 habla de frío y choza y luz en la ventana.

Yo no me daba cuenta
de esa sombra de luz, de esa luz como en sombras,
que es el zaguán de la Belleza.

La encuentro más delgada.
se quedó triste en el retrato mismo
y un dedal de sonrisa que querría mandarme
se le quebró en el borde de un puchero imprevisto.

Antes de mi prisión era menos mujer.
¿Si será por los meses? ¿Si será por los siglos?

Pero, nada como la alegría
de encontrarme presente en su cabeza,
nada como saber
que no se ha cortado las trenzas.

Muchas gracias, coqueta,
muchas gracias, adúladora,
ya sabes que me gustas con los cabellos largos
y cómo te odiaría con la trenza cortada,
fea, como un muchacho.

En cambio, qué bien vas cuando vas por la casa,
con el pelo tendido,
con el pelo a la espalda,
con el pelo en las sienes
recogido en dos bandas
y aquella boca que llora
si tardan en retratarla.
Así debe estar la tierra,

así debe estar la Patria,
que mientras están sus novios metidos entre la Cárcel,
se deja crecer las trenzas y pone triste la cara.

Así vamos a encontrarte,
así vamos a encontrarla,
suelta la voz nosotros, y ella y tú
de trenza suelta y llanto en la palabra
y ese calor de fiesta en la provincia
de las novias que esperan como patrias.

Limbo

Sinfonías Herejes

*A María Cristina Morales del Castillo,
Madrina Lírica.*

Madrina:

—madrina verdadera entre las madrinas líricas,
porque para ser bautizado
hay que reciennacer—.

Madrina

con sentido materno;
madrina colombiana,
con sentido grancolombiano;
madrina colombina
que me descubres—isla desierta en el agua lustral—.

Todavía vagas de limbo
y mojadadas de boca hereje,
te doy las sinfonías azules de esta mañana
y el programa para el festival del Bautismo.
Pues, hereje de voces y de cosas,
amanecí como el Sol esta mañana
y la ventana, llena de palabras del mundo,

me consignaba inútilmente un cargamento intraducible,
 hasta que olí que venías en el hisopo de rosas,
 cristianando las escaleras.

Y acabé de nacer,
 porque traduje de improviso todo el pensamiento de la ventana.

Ya estoy nacido y a tiempo de bautismo.
 Ya tengo orejas nuevas, caracolas
 con rincones para cenicientas
 y puertas para Sésamos.
 y huequecillos para el tío Conejo,
 el pequeño Crispín de lana "flor de parcha".
 Ya tuteo a las palabras pregonadoras de la calle
 y les estoy pidiendo cuentos a todas las cocinas apagadas.

Estoy en el ventanillo que cae a la ribera;
 soy un equilibrio de reojos en la pestaña del mar
 y ya me creo un poco en su mirada.
 Creo que hay algo todavía
 que vuelve a traer cosas para mí.
 Estoy llegando y todas las olas vienen a encontrarme
 con los delantales cargados de naranjas;
 el mar quiere caber por el postigo;
 la costa azul me lanza carteles de hospedaje;
 en el follaje verde corté la flor de una goleta.

El tragaluz se interna, territorial, hasta sierras y llanos;
 acaricio ríos de pelo suelto;
 veo el claro navio que echó el ancla al revés
 y la ensartó en un pico de Aldebarán
 o la hundió en el botijo de Acuario.

ANDRÉS ELOY BLANCO - - - - -

Perforo las ciudades
y en el impasse estalla el carnaval anacrónico
del simplón vestido de diablo con uñas de hojalata,
pinchando ciruelas con semillas de diástoles.

Pero tú, Madrina,
tienes ovillada en el fondo de los ojos
la calle que desagua en la olla del pobre;
y vuelvo al mar —el viejo cura de sotana verde,
que bate en síntesis el agua y la sal;
el mar, que recibe los ríos como un purgatorio
(porque en la teología premial del agua
los grandes ríos mueren y van al mar
y los pequeños charcos mueren y van al cielo) :
el mar, que viene por piedras para hacer archipiélagos;
el mar, que les trae agua a los cocos
y cada fruta le cuesta una ola;
el mar, que le pone calcetines azules
a la niña que hace gibraltares de arena.

Y vuelvo a ver el mar
en la hora químicamente pura de recordarte,
hasta que, de pensar en tí,
todas las palabras se me van al colegio
e involuntariamente
me reclino en la falda blanca de tu madrinazgo
y la raíz de la mano se arrebuja en el clima sosegado de tu gesto.

Renazco,
nuevo, nuevo, nuevo,

casi divinamente caótico,
 cosmoide de gravitación cordial;
 renazco frente al mar, casi del mar, florecido
 en el anzuelo del FIAT;
 y mientras todavía cojea un poco la mirada,
 me llegas en la palabra más digna de vestirme con ella
 para decir, así, de pronto, mi verdadero idioma,
 donde el Odio no tiene cotización,
 donde llover en verano
 es el uso de razón de la nube,
 donde VIDA no es sustantivo
 sino un verbo conjugado en tres tiempos acelerados:
 infinitivo: Amar,
 imperativo: Amad,
 gerundio sin horizontes: Estoy Amando.

Ya estoy para el bautismo;
 Ya soy un poco ese manjar simple
 que es el niño cuando lo bautizan,
 hasta que el cura lo pone a punto de sal
 para que se lo coma la vida.

Ya estoy para el bautismo.
 Y reciennazco con un aditamento de palabra
 que me permite atalayar mi propia costa descubierta.
 Ahora sé que si los niños hablaran al nacer,
 al nacer gritarían: Tierra!

Ya estoy para el bautismo.
 Sólo me faltará el llanto

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

que devuelva por los ojos la sal que me entre por la boca.

—Bien sé que ya no es tiempo
de que los niños caminen sin hundirse
sobre el agua de las pilas bautismales;
bien sé que si Jesús viniera ahora
a marchar sobre el mar, no sería lo mismo,
acaso le torpedearían;
pero no obstante, no tendré llanto de bautismo;—
me faltará encontrarle lo salado a la sal;
cuando se ha muerto un poco,
ya se sabe nacer sin llorar.

Seré como esos niños que no lloran al bautizarlos
y se gozan como la inconsciencia de una aventura,
acaso porque tienen la lengua tan llorada
que confunden la sal con el azúcar.

Aquí estoy, Madrina.

Me doy a la vida con mi propio velamen
y mi auto-impulso de motor;
me tomaré, para echar hojas,
la autonomía de esas rosas que se deshojan sin viento.

Aquí estoy. Bautízame en la playa,
con agua de la gran pila, milagrosa de rumbos y abordajes;
frente al Viril que sostiene al Sol generoso,
frente a la montaña de pontifical vespertino,
frente al diostebendiga de las palmas de coco.

Luego, haremos una pausa;
fijo el minuterero de tu dedo
sobre las cinco en punto de tu boca,

mientras yo mismo me busco una palabra
 para darla a la vida,
 una palabra —¿una palabra acaso?—
 tal vez una palabra... Por ejemplo:
 en la "Pentesilea" de Michelena
 hay un caballo que esta cayendo al abismo,
 pero no caerá nunca!... es el minuto lírico,
 es el segundo que le rompió la cuerda a la gravedad;
 pues bien, una palabra así, en flagrante dinámica,
 que no sea de ningún idioma
 y se comprenda en todos,
 que se diga con el corazón
 o con ese aleteo de los párpados
 que dice tantas cosas,
 porque los ojos de todo el mundo son ciudadanos esperantos.

Después, para quedar bautizado de un todo,
 romperás una botella de vino en la proa de mi goleta,
 para que salte atacada de vida,
 a poner la primera piedra para una ola
 que hemos de inaugurar en aquel golfo malva
 anclado de piraguas sin pescadores,
 que duerme a sotavento del silencio.

Después vendrá la Noche, mi madrina de brazos,
 con las monedas del Bautizo para que compres sueños.

Levantaré el volante de alguna nube mal colgada
 a ver si está atrás mi vieja estrella.
 Si está, la tomaré y la echaré a los aires
 para jugar a cara o cruz el rumbo de mi goleta.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Y al fin, Madrina,
ya bien lastrado de conciencia,
ya bien sazonado de sal,
empújame, propicio, reconstituyente, vitalizador
y ponme junto a la boca de todas las hambres de la tierra.

Febrero, 1932.

EL CONFINAMIENTO

Resplandor

Traducción de Victor Hugo.

Sueño. Un claror inflama el oleaje sonoro;
 el faro dice: —El alba— y apaga su quinqué.
 Yo quisiera saber esas cosas que ignoro
 y de qué es la blancura que en la tumba se vé.
 ¿Huye el alma a las manos del Dios que la convida,
 léjos del cuerpo helado que antaño mover pudo?
 ¿Cuál es ese fulgor que detrás de la vida
 se apercibe en el fondo del infinito mudo?
 ¿Tendremos la figura horrible de lo oscuro?
 ¿Todavía en la tumba se nos podrá llamar?
 ¿Vendremos a ser voces que tras un negro muro
 se escucharán hablar?

¿Como la golondrina, como el ave marina,
 el limpio y claro azul irá el hombre a buscar?
 ¿Tendremos vuelo y alas, como la golondrina?
 ¿Pasaremos la muerte, como ella pasa el mar?

Todo habla y todo calla. El bosque se espereza,
el buey toma su yugo y el alma su dolor,
el alba azul y fría, detrás de la maleza
cierra un ojo de estrella y abre un ojo de flor.
La vida con sus glorias, su amor, sus alegrías,
¿valdrá lo que las nubes, en los cielos errantes?
¿Qué me queréis, pues, aves de las ramas sombrías,
misteriosos cantantes?

No sé por qué este sueño absurdo me encadena.
Señor, el labrador la tierra abierta horada,
el pescador arrastra sus redes en la arena
y yo horado la noche y yo arrastro la nada.
¿Por qué te interrogamos, si callar es más serio?
¿De qué sirven la duda, el combate, el trabajo?
¿A qué sondear la sima? Esperar. El misterio.
vive en paz con el hombre, su vecino aquí abajo.
El marino, juguete del viento y la aventura,
silba, levando el ancla, cuando va a navegar;
deja al mar que murmure. Y la mar, que murmura,
deja al hombre silbar.

M a n g o r é

¿Qué poeta mataron en Estero Bellaco
o en Lomas Valentinas,
qué hondo poeta davídico,
para haber transmigrado así
a las manos de este indio?

¿Qué diría ese jóven guerrero guaraní
cuando encontró en unas breñas, por lados de Ivaté,
una guitarra abandonada?

¿Cómo le dió vueltas en sus manos
sin saber lo que era aquella cosa desnuda?
¿Qué voz le llamó al fin del hueco de la caja?
y cómo se le hizo música entre los dedos?

Por todo lo que España le quitó a Moctezuma,
por todò lo que le quitó a Atahualpa,
el Inca Mangoré
le ha quitado a España la guitarra
y ha hecho de ella una península de su corazón,
una colonia de su alma.

¿Qué suena alla abajo?

¿Guerra? ¿Guerra?

¿Paraguay? ¿Bolivia?

¿Se van a matar los hombres por la tierra?

¿De quién es el Chaco Boreal?

Oh, Guerreros!

el Chaco vasto y sonoro y profundo

y el Neuquén y el Orinoco y el Vichada

y toda la conciencia india del Continente

son de este Indio que los tiene en el hueco de su guitarra.

No preguntéis de quién son las tierras de América,

hacedlas vuestras, como este indio las hizo suyas sin tocarlas,

y gozad el milagro del que pudo meter

a toda América en el corazón de una guitarra.

Valera — Setiembre 23 de 1932

Postulación Proletaria de Santa Serapia

Viva Santa Serapia,
postergada injustamente por las Santas mantuanas
Abajo la tiranía de los nombres de tono!
Pido la revisión de la estética celestial!
Santa Serapia pide la palabra!

Hoy es 3 de setiembre,
Santa Tecla y Santa Serapia.
A Santa Serapia le tocó esta vez
—y así será tal vez todas las veces—
un día sucio, con nubes de trapo,
una mañana gris, como para fregarla.
Pero yo estaba aquí para llevarle flores.

En este día cualquiera del presidio
recuerdo la estampa de Santa Serapia
que ví hace muchos años en una hagiografía
en casa de una tía costurera de imágenes
—la Jean Patou de la iglesia del pueblo—,
En la galería de bienaventuradas,
Santa Serapia ocupaba un rincón
y tres líneas de biografía.

Era una estampa oscura del siglo trece,
con una nube y dos lirios
y una chica pazguata, con carita de muerta.

Un aprendiz en la casa de los primitivos
fué el único quizá que dedicó una mancha,
una limosna de pintura
al arrabal de gracia de Santa Serapia.

Desde ese día en que la ví
arrimada a mi tía,
la amo,
la amo con todo mi corazón socialista.

Amo en ella
la democracia del otro mundo,
amo a Santa Serapia, a quien nadie amó nunca
y mi poema cae sobre su pobre nombre,
como agua en una múcura.

Es la Virgen total.
Seré amigo del padre
que dé, valientemente, a una hija, su nombre;
celebraré a la hija
que lo acepte y lo lleve y se enamore
hasta lograr que un día, cuando digan: —Serapia,
se sobresalte un hombre.

Amaré a quien le encienda una vela,
amaré a quien le pida algo,
amaré al hombre bueno que le haga una promesa.

Por ahora,
 canto a Santa Serapia, la sin trabajo,
 con su nombre de criada barata,
 con su nombre que hace
 fácil la virginidad,
 su nombre de baraja a la que nadie apunta,
 cocinera del medio pelo celestial.

Cuando llegan los días
 de las grandes santas,
 de las grandes ricas,
 Santa Elena, Santa Teresa,
 Santa Clara, Santa Cecilia,
 esos días como domingos,
 santos de niñas bien con té danzante,
 yo espero con mi poema
 a que llegue ese día,
 a que llegue ese lunes o ese martes cualquiera,
 a que llegue ese día vestido de diario
 en que Santa Serapia pasa bajo la mesa.

Cuando todos reclaman
 la aurora de esas grandes favoritas del cielo,
 de esas estrellas de la pantalla gregoriana,
 de esos nombres de santas hijas de santos ricos,
 yo espero a Santa Serapia con mis flores
 en la puerta de campo del Paraíso.

Mientras San Pedro atiende a los invitados
 la tarde de Santa Lucía,
 Santa Serapia sabe
 que yo la espero en la cocina.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Canto a Santa Serapia, sin fieles, sin clientela,
proletaria de la gracia y de la oración,
lavandera de las nubes,
cargadora del niño Dios.

Que Dios le aumente el sueldo,
que la deje salir los días feriados,
que vaya al cine y que se esté tranquila
a ver si así se salva del milagro.

Carvajal

—Carvajal... —y se lloraba
al paso que se decía...
Espesos limos de sangre
las anchas grietas cubrían.
Carvajal, camino abajo,
Carvajal, camino arriba...
sangre bajaba,
sangre subía...

Las manos eran ampollas,
porque los rifles ardían.
Con plomo negreó la noche,
con sangre fulguró el día.

Gárgaras de Uno y Catorce
los clarines sacudían.

Páramo de ancha mortaja,
cadáver de frente fría,
Motatán de misereres,
Carvajal: vela encendida...

Ya estoy llegando a la cuesta,
ya cojí camino arriba,
ya quedó camino abajo
Valera de las colinas.

Quiero un viejo cabo herido
que se vuelva a abrir la herida
y me cuente la batalla
antes de que sangre el día
y el sol nos eche a la carga
su blanca fusilería.

Oigo hablar a Carvajal.
Voy solo camino arriba.

En la vuelta de llegada
lo blanco me cae encima.
De la barda arrabalera
un rosal da un grito blanco
y un botón, jefe de día,
le pregunta "alto, quién vive!"
a la bajada en subida.

Cojí la rosa al asalto
y me prendió con la espina.

Cuesta abajo, voy herido...
Valera de las colinas,
páramo de ancha mortaja,
Moñatán de letanías,
de Carvajal, cuesta abajo,
voy con las manos heridas!

Un soldado, a media cuesta,
viene subiendo y me grita:
—¿Dónde te hirieron las manos?
—En Carvajal...

Su camisa
se va abriendo hasta mostrarme
su pecho torvo de heridas.
—A dónde vás?—le pregunto.
—A Carvajal...

Cuesta arriba,
vamos de nuevo, cantando.

—Valera de las colinas,
Adiós, con las manos rojas,
adiós, con la frente herida!
A Carvajal, por la rosa!
A Carvajal, por la rosa!

Canto mural para el maestro de escuela

Al Dr. R. Pompilio Oropeza.

Con carbón, en la pared.

Sobre este muro que da a la calle empedrada
de todos los pueblos viejos de América,
la tinta simpática del Sol
ha inscrito el canto de los que al pasar
murmuraron un anhelo de crianza
que tangenció de augurios las paredes.

América,
todavía caliente de puerperio,
mira, temblando, escapar de las sábanas
el nuevo parto múltiple
de llagados ombligos, confluentes de su sangre.

Los mira, a los mil niños nuevos
y se atreve a esperar al ángel del Señor
con las manos llenas de Obra
y la Obra llena de gracia.

Espera y en la tarde rompe en un vasto grito
que la salpica toda de volcanes gozosos,
porque un Hombre de larga mirada americana
ha llegado a los niños, les ha abierto las bocas
y ~~les~~ ha puesto en ellas la primera palabra.
Después, en las narices
les fué poniendo a todos una gota de leche
y Ellos, como barquillas remolcadas,
vinieron hasta Ella por el hilillo blanco,
y anclaron las encías sobre los pechos procelosos.

Ahora, el hombre de mirada americana,
ha salido con las piernas enredadas de niños
y aquí, ante el muro que da a la vieja calle,
todos han derramado de las bocas
un canto con palabras encaladas de leche,
que traduce el canto mural
que fué inscribiendo el Sol de América en la lengua de las paredes.

Canto de formación.

Somos campo verde,
todavía,
pero
lo verde es ya una fruta!
Alineados!
Formemos
tabloncillo de caña
para la boca del Maestro
formemos
tabloncillo de maíz

para su pan;
formemos
bardal de sombra
para su siesta en la tierra iluminada.

La Madre nos sembró en la boca
la semilla de la lengua
y el Maestro la fué regando de palabras.
Cantemos nuestra cosecha
con el tallo espigado de la primera voz.

Coro de los jardines de la infancia.

Alineados!
Cantemos
el nuevo abecedario:
A: la Madre;
B: el Maestro de Escuela.
La Madre es el primero
y el Maestro el Segundo Ciudadano de la Tierra.
El niño es la borona de Adán;
la Madre puso el barro
y el Maestro sopló.

Llevemos palmas,
palmas, palmeras
para abanicar el sueño
de la frente acostada de los llanos.

Con los dedos tendidos
vamos a peinar las canas de los Andes.

Vamos a entrar por los zaguanes
de la ciudad de puertas claveteadas de miedos
y golpearemos en las tablas
y cuando digan: —Quién? —gritaremos:
—Aquí está la valiente leche de la mañana.

Coro de guías.

Alineados!

Hagamos grupo y sintámonos grupo.
Sintámonos ya patriecitas,
que ya va a llegar la hora
de hacer mil hombrecitos poblados de mil pueblos,
que ya nos están brotando
llanuritas en las manos,
cordilleritas en el seno.

Llevemos canastos
con frutas maduras como el día
al Maestro de Escuela.
Mañana,
le llevaremos nuestros hijos verdes
para que los madure en sus rodillas.

Coro de clases : Aritmética.

Cuando aprendimos a decir: —Uno,
nos llovió de los labios
un agua de soledad
que nos vistió sordamente.
Cuando dijimos: —Tres,

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

un pequeño cohete nos estalló en la boca
y las manos hallaron la feria de otras manos.

Después, nos multiplicamos,
nos disgregamos en los trillones estallantes
y perdimos la ilación de nuestros engranajes
en los infinitesimales vagos como vahidos.

Pero El
nos congregó las trayectorias
en un gajo de cifras convergentes,
coaccionantes,
de altruista pitagorismo solidario
y regresamos,
millón y decimal,
fragmento y masa
cero e infinito,
a la unidad dinámica y poliédrica
hecha de Uno en el millón de Unos.

Coro de clases: Historia.

Brotamos de sus ojos
como América de los ojos de Colón.
Nos incorporamos en sus manos
como América en las manos de Simón Bolívar.

Coro de clases: Geografía.

Vamos a hacer nuestro mapa
y todos los pueblos de América

confinarán por el Oriente
con el Maestro de Escuela.

El está a un grado de longitud
al Este del Corazón de Jesucristo
y a un grado de latitud
al Norte del Ecuador boliviano.

Vamos a hacer otro mundo
y toda la tierra confinará con el Sol
por el lado en que las calles se van metiendo en la Escuela.
Venezuela

—Supervenecia

de Caribe Superadriático,
Venecia del canal apresurado,
de la alta góndola margariteña,
del alto balcón andino
del canto suspirado de suspiro llanero,
Venezuela

iba entrando en la noche de morir sin estrellas,
pero El la metió en nuestros canastos
y la llevamos, pregonada como fruta refrescante
por todos los caminos sedientos.

El la encontró innominable
y la llevamos múltiplo de América
y empieza en el Caribe
y termina en Magallanes y en Alaska
y es un pedazo de la voz
que va de todos los Andes a todos los Himalayas.

Coro de madres.

—Vecina, anoche sembramos!
—Vecina, anoche molimos!
—Vecina, anoche amasamos!
—Vecina
ya van a estar con un diente
los panecillos del año,
ya van a estar de palabra
para el horno de la Escuela.

—Vecina, ¿has visto a mi niño
de la mano del Maestro?
Ayer me miró como hijo
y hoy me miró como hermano
y mañana me mirará
como Jesucristo a los pájaros.

Coro final.

Los humos se van de lluvias.
Vamos en grupo a las tierras apagadas;
muchachos, vamos a estar
toda la noche buscando
un buen sol para mañana!

Sólo del discípulo que tiene a su hijo de la mano.

Maestro: Orinoco vertical
que nace en la boca de Jesús
y desagua en el corazón de América
por dos brazos en cruz, clavados de esperanza,

Maestro,
Segundo Ciudadano del Mundo,
he ahí a tu hija:
América;
salado el muslo costanero,
frío el pie austral,
como un hilo el talle panameño,
como una brasa la matriz ecuatorial.
Ya está de ojo hacia el rumbo
y de labio hacia la voz.
Ahora, ven,
Maestro, Escultor de América,
Padre,
ven y pónle sobre la lengua
la palabra de veinte colores
que le dirá mañana América a la Tierra.

Timotes, abril de 1932.

LA CASA DE ABEL

Estos poemas fueron escritos con motivo del terremoto de Cumaná, en 1929.

A los presos, en especial a los cumaneses presos, se nos dió la noticia de modo que agregara una tortura más a las que nos dedicaban a diario. El Alcaide de la Rotunda, Coronel García, se dirigió a mí en esta forma textual:

—Amigo, tengo una noticia para usted. Esta mañana un terremoto acabó totalmente con Cumaná. El mar está cubriendo lo que fué la ciudad.

Días después, el mismo García rectificó lo del mar, pero nos dejó en la creencia de que la destrucción había sido total. De esa impresión fueron saliendo los poemas que van a continuación.

a. e. b.

SOLEDAD

Soledad y obediencia.
Veo caer lo mío en torno mío
y doblo la cabeza.

Vamos camino arriba, oh gozo doloroso,
lejos de todo y cerca,
lejos vistos de cerca, cerca, vistos de lejos,
como las estrellas.

¿Quién nos dirá si es cierto
que la ciudad, la cuna, ya es mar y ya no es tierra?
Adelante! Probemos a mirar hacia arriba,
algo puede que traiga el sorbo de horizonte
que bebe el centinela.

Náufrago en el sudor de la noticia;
náufrago el corazón en el golfo del pecho.
Soy aprendiz de grande: soledad y obediencia.
Pero tiemblo en la misma sacudida
que mi clara ciudad echó por tierra...

EL ANUNCIO

Soledad. Hace dos años
empecé a caminar hacia ella.
Y ahora es cuando quedan curvas;
ahora es cuando hay camino para el pedregal de estrellas.

Una noche murió mi Padre,
sin enfermedad, de repente;
otra noche se fué mi Hermano,
con un reir saludable, como quien dice que vuelve.

Pega duro el camino.
Hace dos años me voy despoblando
como un país sin ríos.

Ayer no vino la paloma al techo
ayer no vino la paloma;
vino el cuervo, el hombre malo, el cuervo.

Habló y me dijo algo
que yo comprendí a medias;
pero me lo dijo todo
el polvo blanco entre sus plumas negras.

Y traía en el pico asqueroso
un trozo de carne,
un trozo de pecho,
un trozo de pecho de madre,
con el olor de nosotros,
con ese lunar de aire que entre mil reconocemos,
como si al aspirarlo dijéramos de pronto:
—No hay dos mujeres que tengan ese lunar en el pecho.

Del olor salía
 un sabor de leche
 con síntesis de palabra original.
 Así lo supe todo:
 la ciudad con el vientre deshecho.
 Las ruinas, bajo una vela medio apagada;
 la noble ciudad agonizando;
 mis pañales mojados en sus entrañas.

Sólo quedan en pie los techos de las tumbas
 —unos techos de mármol
 con la veleta de una cruz
 y el ave de paso de una fecha—.

La casa caída
 sobre la tumba del Hermano muerto.
 La casa donde se nace!
 La casa donde se nace
 aplastada contra el pecho:
 treinta años de golondrinas
 entre el tejado y el suelo!

LA CASA DE SUCRE

La casa del Cordero era un pesebre,
 con el techo de palmas
 y en las palmas el nido de la estrella.

Los pastores hicieron sobre el pesebre un templo.
 Cayó el templo; retoño el pesebre;
 retoñó la casa del Cordero.

Volverá a alzarse el templo
y volverá a caer. La vieja palma
retoñará; los templos van y vienen.
Queda un nido, una palma y una estrella:
la casa del Cordero es un pesebre.

CAJA DE ESTAMPAS

ESTAMPA DE LA CONQUISTA

Bravo tipo debió ser aquel Don Diego
Fernández de Serpa, Capitán de Locos!
Manga acuchillada, banda sobre el peto,
bajo fina malla, muslo tembloroso.
Cetrina de soles la cara,
manos espinosas, labio desdeñoso,
rasa a lo Felipe la cabeza terca;
bajo el ala negra, la tinta del ojo.

O en el desembarque, o en plena guazábara.
todo rutilante de acero, en el potro.
El guantelete soldado a la espada
era la rama que suelta el retoño.

Algo de su sangre me viene de lejos
y algo de este anhelo de cambiarlo todo.
El vadeó mi río, tomó entre sus manos
la ciudad herida por el terremoto
y como se cambia de tiesto unas flores
a una tierra buena la llevó en sus hombros.

Algo de su sangre me viene de lejos
y algo de este anhelo de cambiarlo todo.

AGUA FUERTE DE LA GUERRA EN CUMANA

El alba. Por la sabana todavía en sombras
 va la tropa de Fernández de Serpa.
 Adelante va, atado al arzón de una silla,
 un indio guaiquerí, triste, como su pueblo.
 Le canta entre los labios aquél hablar sonoro
 que no sé dónde halló tanta armonía,
 aquélla música del guaiquerí y el cumanagoto
 que hizo sus poblaciones con nombres tan certeros:
 Tataracual. Güirintar, nombres agudos,
 flechas indias de música que atraviesan el verbo.

Es el alba. Es la noche del indio,
 que cruza la sabana con la cruz de su pueblo.

El día. Por las calles de la ciudad
 galopa un grupo de mancebos.
 Tan niños son que el bozo no revienta en sus labios,
 y en el cansancio de la esclavitud, viejos, tan viejos!

Adelante van los Bermúdez,
 uno para el martirio y otro para el portento.
 Y después, silencioso, va un infante que lleva
 todavía sin plumas al pichón de Berruecos.

La tarde. Es la tarde del trece de noviembre.
 Revolución Libertadora:
 Una bandera blanca en lo alto del cerro.
 Las mujeres prendieron flores en los fusiles
 y están de cirios blancos los oratorios llenos.
 En el corral mataron nuestro burrito gordo
 y el caballo del coche lo contempla con miedo.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

La noche
avanza del Salado con los margariteños.

Una bala ha cortado las lechozas del patio
y ha caído sin fuerzas la bandera del cerro.

LAS PIÑAS

La piña es el trasunto
de la tierra:
el corazón hecho de mieles
y armada la cabeza.

LAS UVAS

Hacia arriba vemos el parral del cielo:
nubes de racimos anuncian la lluvia
y en los claros de hojas cantan los luceros.
Las parras edénicas cubren el desnudo
de un azul caliente remendado a trechos
por el zumo claro de un sol de acuarela
cuando el sol exprime su uva de fuego.

LAS CHARAS

De un lado, la miel del río,
la miel del mango en el otro,
la miel de la caña abajo
y arriba la miel del coco.

Es el panal de la chara
por donde fuimos nosotros

con la miel entre los labios
y la dicha entre los ojos!

Abejas de nuestra infancia,
Dios mío, cómo han quedado
con esta sombra en los ojos
y esta retama en los labios!

EL GOLFO

Cuando el golfo está manso
vienen los ciudadanos hacia la playa, entonces
se ven parejas blancas por la costa
como barcas que izaran sus velas en la noche.
Cuando el golfo está manso
se prolonga en el mar la costa baja
y nos parece navegar por tierra
que es algo igual a caminar por agua.

LA IGLESIA

La Iglesia es limpia y alegre sobre la alta escalinata
y en un azul de domingo tiende sus torres al cielo,
es una iglesia que han hecho para campanas sin dobles
y para torres sin cuervos.
Tiene al lado una gruta y un castillo
y tiene un canto que la gente canta:
"Ay Cumaná quién te viera
y por tus calles paseara
y a San Francisco fuera
a misa de madrugada!"...

LA NOVIA

Es la novia que en la Iglesia nunca se atreve a mirarnos
y en su casa está de prisa porque cierran a las diez,
tiene los ojos exóticos de las uvas de su patio
y un modo de tener celos que en llorar pierde el querer
y una manera de negarse
y una manera de otorgar,
que nos vamos contentos si su boca nos niega
por las cosas mejores que sus ojos nos dan.

PAN DE AZUCAR

Se vá desmoronando... a cada nuevo viaje
lo encuentro más pequeño,
blancura de mi tierra, colina de mi infancia,
terron de azúcar de mi pueblo.

Quizá su azúcar sirve
para endulzar las uvas de mi huerto,
por eso a cada brote de vendimia
las uvas son más dulces y mengua más el cerro.

EL RIO

Es un río pequeño, pero nó tan pequeño
que no le quepa de una vez
todo el llanto de todos los que llegan un día
con una pena junto a él.

Y allí hay un privilegio para el agua del Río,
 es un río que lleva diluido el amor,
 porque allí a todas horas hay mujeres bañándose
 y niños que combinan el agua con el sol.

Es el río, es el orgullo y es el amor provinciano
 y es el licor de buenmozo, porque el beberlo le embriaga,
 que se le van las ideas al mozo que tiene novia
 cuando bebe el agua misma con que la novia se baña.

ESTAMPA DE LA LUNA EN LA SABANA

No hay cielo que tenga luna como aquella.

No hay noche de luna como aquella noche
 del siglo pasado.

Noche empavonada
 de luna que untaba los cerros,
 esmaltaba el río,
 bruñía las copas de los cocoteros;
 en la sabana de Caigüire
 pintaba el salitre de una luz de espectro.

Junto al río charlan mozos y doncellas;
 pasean la luna, cerca de año nuevo;
 cantan villancicos; hay juegos de prendas;
 alguien cuenta un cuento
 de guerra o de amores: que Acosta ha triunfado,
 que a Manuel Morales lo llamó el Gobierno,
 que el caraqueñito ya tiene dos novias;
 —Diablo que son diablos esos caraqueños!—

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Alguien propone ir a Caigüire
y salen en tropel; algunos viejos
salen a las ventanas para saber qué pasa
y al ver el grupo, vuelven a sus cuevas, gruñendo.

Por la sabana van cantando;
de un lado, el Pan de Azúcar, del otro, el Manzanares,
después, el mar y el cielo
con el agua de la luna
y los peces de los luceros.

Una pareja adolescente
se queda atrás en breve cuchicheo;
él insinúa y ella niega;
el mozo insiste, audaz; baja del cielo
esa luz de la luna
que dice: "Ven!" al corazón propenso;
ellos están más juntos,
el grupo está más lejos
y sus manos se encuentran
y tanto tiempo unidas estuvieron,
que allí, en mi casa, ahora, las separó la muerte
y está la novia con sus paños negros
y aquel amor de plata que les untó la luna
se le fué a los cabellos...

ESTAMPA DE UNA CASA DE CUMANA

Tengo una vieja fotografía
del entierro de mi abuelo:
un coche fúnebre,
levitas y sombreros de copa
y al fondo, la casa del Rincón.

La acera hace una escuadra
 que limita un rincón de árboles bajos.
 Allí, por las noches,
 cortaban el velo azul
 las tijeras de la tertulia;
 se contaban cuentos de guerra,
 una guitarra con cintas punteaba su tinajero,
 mientras la voz repetía: —“Pregúntale a las estrellas...”

La rueda se rompía
 y rodaba de nuevo con nuevos tertulianos,
 engrasada con nuevos chismes
 y canciones y adivinanzas.
 Se jugaba “el anillo vaya y venga”;
 así se hablaban al oído las manos.
 Los muchachos, en la calle, girábamos en la arena,
 los ojos de las muchachas giraban hacia la luna
 y la luna de los cielos giraba sobre la rueda.

Pasaron años.
 Una tarde entré a la casa, tras doce años de ausencia;
 ahora,
 había cien mujeres en la escalera;
 mi nombre
 estaba escrito con flores en la mesa;
 con flores de las charas,
 con palmas del Manzanares
 escribieron en las paredes
 los nombres de mis poemas.

Esta noche, desde aquí,
 estoy mirando la casa del Rincón:

todo cae,
todo se agrupa,
todo hace rueda;
las flores con que escribieron mi nombre
y los nombres de mis poemas
hacen tertulia de perfumes
bajo la luna de esta noche,
sobre los huesos de las piedras.

CROMO DE MI PRIMERA COMUNION

Una mañana
para mi primera Comunion:
chaqueta negra y pantalones blancos;
brazal de seda y cirio de tres colores;
ajetreo de madres; sayas nuevas;
ir y venir de blancuras por la ciudad en pie.
Yo entré vestido de susto
a la iglesia de Santa Inés.

Los estandartes azules,
los trajes con cinta azul,
el Padre Martiarena
con la mano pesada y la voz de regaño;
luz morada, luz verde, luz de iglesia;
sol de rodillas en las cuatro puertas,
incienso oloroso de temor de Dios;
cantos en el coro, vuelo de abanicos,
la mesa de mármol blanco, el altar de mármol blanco
y miedo, mucho miedo en el alma azul:
yo comulgaba
y por el alma azul bajó la hostia
como luna en la madrugada.

Esta noche,
qué grande se ha puesto la luna!
Se le vé el mapa de una ciudad muerta
—de mi Pompeya sin descanso—
Está tan cerca que se le puede hablar:
—Vienes de Oriente?
Debes saberlo todo,
debes oler a playa enardecida.
Agarrado a mi reja, luna de la ciudad,
te digo: ¿Cómo fué?
¿Quién murió?
Y de ella, de mi tierra,
de mi hermosa ciudad ¿qué me ha quedado?
Y tú, ¿cómo escapaste?
Y me doy a pensar, con la luna tan cerca,
en las hostias sin nido
que a la hora del terremoto,
cuando la ciudad empezó a caer,
volaron, asustadas, como palomas,
de su Cáliz de Santa Inés.

ESTAMPA DE UNA TARDE EN CUMANA

Una tarde,
—fué por el centenario de Ayacucho—
yo volvía a mi tierra con una brizna de gloria
—tan pequeña la gloria de los días!—
Todo mi pueblo estaba junto al agua;
el muelle era una larga cosa viva.

Cuando bajé del barco,
mil manos me arrebataron al mar.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

La Calle Larga de Altagracia
se movía como un raudal hacia mí.

Eran cinco mil ciudadanos
que me mandaba la ciudad.
El desfile fué un hondo abrazo
y un largo grito horizontal.

Por las ventanas
salían bienvenidas de flores.
Estallaron los cohetes
y el cielo se llenó de estrellas de la tierra.

En el puente estaban las mujeres,
las mujeres de la ciudad;
pero no me dejaban llegar a ellas
los trescientos marineros del Golfo
que formaban adelante.
Eran hombres olas, hombres escollos,
con reflejos de algas en las cabezas frondosas;
hombres que me rebautizaban
con su caliente sudor marino,
hombres que me llevaban como en un ancho buque
y me guardaban como cosa suya,
pescada por ellos en el muelle de Puerto Sucre.

Llegamos a la plaza de Ayacucho;
ante la estatua del Mariscal,
cinco mil ciudadanos se descubrieron
y una voz gritó:
—Benditos sean los pueblos que no se olvidan de sus hijos!
Benditos sean los hijos que no se olvidan de sus pueblos!

¿Quién lanzó ese grito?
 ¿fuiste tú, marinero de Araya?
 ¿o fui yo mismo?
 No sé; pero cinco mil ciudadanos
 lo repitieron.

Me llevaron a casa y en mi patio
 mi pueblo cantó cantos marineros.

Esta noche
 estoy viendo de aquí la misma multitud;
 aquellos cinco mil ciudadanos
 alzan los brazos marinos
 para detener los techos que caen;
 en todas las manos abiertas
 está aquél grito mío y tuyo, marinero!

Ciudad mía,
 descuartizada junto al mar,
 doblegas la cabeza de tu torre,
 elegida para tu cuarta prueba,
 tus marinos de Araya quieren izarte en vano,
 pero te arrias, como una vela!

Ya no te quedan muros
 donde prenda el parral su manteleta;
 ya no te queda boca para la voz del río
 y esta noche, ciudad,
 en el cantil donde se ahoga el grito
 un barco anclado iza cuatro velas de piedra
 y está a su bordo, encadenado al mástil,
 oh ciudad, tu Poeta!

ILUSTRACION DE UNA NOCHE EN CUMANA

Una noche: el teatro.
Teatrillo de la Calle del Medio,
frente a la casa en que nació,
donde nacieron todos mis hermanos,
al lado del Museo Nuevo,
que ayer fué la casa de Vicente Ruiz.

La casa de Vicente Ruiz:
allí aprendimos a leer;
con sus peñascos superpuestos de casa troglodítica,
parece que estuviera allí;
se caía los sábados y se alzaba los lunes,
la casa bruja de Vicente Ruiz.

Echábamos abajo las paredes de piedras
y quedaba en la calle todo, familia y alma;
así, cuando el Maestro Vicente
había echado abajo
todas sus palabras de piedra
se le podía ver el alma
y se podía pasar, como por una puerta.

Teatrillo de verano;
lo llenaron de flores.
La ciudad austera se sintió zagala
—damita camandulera que siente el corpiño lleno
y no sabe contenerse lo verbenero del alma.

Iban a oír mi poema.
Cuando salí al proscenio
quedé como una isla en el agua de un grito.

Al través de las voces
se definía el áspero terno del marinero.
No me dejaban hablar;

Quise decir el Poema,
pero no me dejaban hablar.

Yo estaba en la voz de todos.
¿Qué importa la voz del Hijo,
si allí estaba el Hijo, salvo de la mar?

¿Qué importa el canto,
si allí estaba el gaviero?
¿qué importa el Poema,
si allí estaba el nuevo lobo,
que supo soltar la vela contra el gran golpe de mar?
si había cabalgado en las crucetas,
echando adelante del bauprés su voz,
si había cazado escotas,
si se había envuelto en lonas retorcidas de borrasca
y cumplió su rumbo verde, amargo de temporal,
y volvía, como saliera,
marinero de la ciudad,
¿qué importaba mi Poema,
si yo era todo de ellos, que me pescaron del mar?

Nunca sufrí tanto gozo en una noche:
me llegaba el olor del parral de mi casa;
de la casa de Vicente Ruiz
llovizó bien deletreada la cartilla de la infancia,
pompas de jabón de olor fueron bajando del río,

tunas sin dolor rodaban por el cerro de Aguasanta; la calle, que venía andando, traía de San Francisco totumas llenas de voces con aromas de Ripalda y por la boca de niño que me sonrió del pasado un soplo de catecismos me adormeció la palabra.

Oía el comentario. Yo era una cosa de ellos. Mi corazón era el ejido de aquella voz municipal.

—Está muy flaco.

—Hay que llevarlo al Golfo.

—Hay que darle pescado fresco
y que coma lamparosa
y que coma tierra con sal.

—Que Dios le guarde su hijo a Dolores Meaño.

Y no me dejaban hablar.

Y si me hubieran dejado, yo no sé qué hubiera dicho, con la boca como estaba, llena de tierra con sal.

ABEL Y SU CASA

IDENTIFICACION DE LA CASA Y EL HOMBRE

La casa de Abel era la casa —
para que Abel naciera;
no fué casualidad
que Abel naciera en ella.
Tampoco fué capricho
que Jesús naciera en un establo,
en el hueco de los vagidos
que dejó el parto de las vacas
pegadas a la tierra.

Tampoco fué capricho
 que Abel hiciera prosperar los pastos
 y sus ganados estuvieran gordos
 y su canto saciara el hambre de los pájaros.

Tampoco fué capricho
 que Abel saliera aquella tarde al campo
 y lo mataran en su hora:
 una hora que hicieron no más para matarlo.

La ciudad está en Sucre y Sucre en ella;
 casa y hombre tienen un sólo camino
 parado en la puerta.

Abel va caminando con su casa en los hombros
 y es el viaje del caracol.

La órbita común los desovilla
 en un sólo destino de pista
 en torno al mismo centro sideral de dolor.

Pero, hay la yema de un dedo que empuja
 y una mirada que entiende su obligación de empujar
 Por eso hay precipicios en la marcha del Héroe
 y hondonadas en la marcha de la ciudad.
 En el designio que los elige,
 héroe y ciudad caminan;
 en el destino paralelo,
 ella tiene fidelidad de esposa bíblica.

Cosmogónica fidelidad:
 ambos en riesgo de derribamiento
 y en los dos, algo nocturno para la aurora final.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

LA CASA DE ABEL LLEGA HASTA EL MAR

Pegada al golfo
la dejó Gonzalo de Ocampo.
El golfo se la llevaba;
Jácome Castellón la alzó en sus manos.

El terremoto y el mar
se la llevan!
la salva sobre sus manos
Diego Fernández de Serpa.

La salvó en un salto al cerro
y se la puso al costado:
niña de tres cunas,
niña en tres regazos;
mar y terremoto, todo fué mecerla,
tuvo mil amores y vivió temblando.

ABEL LLEGA AL MAR

De noche en el Golfo Triste,
donde Colón pescó la sirena de América.

Se fué a pique un velero.
Tiene la quilla hacia el cielo
y hacia el fondo los masteleros.
Un náufrago
bracea en mitad del golfo.
Rema con manos suaves, como vientre de pez;
la luna pone en su frente
ese livor que estampa en la sabana a los huesos.

En las olas caen sus ojos,
tributarios de sombra.

Alli vá Venezuela, sin puerto,
 alli van, medio ahogados,
 Ayacucho y lo otro y la mitad de esto.

Pero el hombre llega a la playa
 y al pisarla,
 sintió en su propio pecho el corazón de la ciudad,
 la voz del gran destino paralelo
 que le decía: "Tierra adentro! No moriremos en el mar!"

1814

Boves en Cumaná.
 Furia asturiana, furia llanera.
 Santa Inés con los pechos como frutas picadas:
 en la sabana vencida,
 una hermana de Sucre, recental de la casa.

La derrota
 emproa a las Antillas su balandra sin foques;
 por occidente asoma
 la nueva esclavitud su mar de leva;
 en Urica naufraga el último "trespuños";
 Maturín, Barcelona, Cumaná, van abordo...

Pero de las Antillas regresa la balandra
 con Bolívar patrón y con las velas nuevas
 y con los dientes de los sables
 ávidos de carne de sabana carabobeña.
 Avanza oriente,
 cosechando el tablón de bayonetas.

ANDRES ELOY BLANCO - - - - -

Sólo, en medio del mar,
un hombre se ahoga.
Es un Sucre, hermano de Sucre.

Al campamento llevan la mala nueva.
El Coronel calla. Tiene en los oídos
la palabra de la ciudad,
el gran latido paralelo
que le decía:—"Tierra adentro! No moriremos en el mar!"

TIERRA ADENTRO

Noches interminables,
camino de las victorias,
ímpetu y desaliento de la marcha en el trópico,
cuesta arriba del acecho, cuesta abajo de la envidia;
la Virtud de punta en blanco, desgarrada en el breñal;
la mano asqueada de sangre
y la angustia de la espada, sedienta de claridad.

Y el Hombre que dá un paso adelante
y queda entre el porvenir
y la rabia de los que vienen detrás.

Y el Hombre Proyecto,
aislado entre su esperanza y su error.

Y es el Jefe en agraz,
en la hora que precede al perfecto minuto
en que el Genio le diga:—Vaya usted, General.

Solo,
 el Hombre solo,
 entre su virtud y su responsabilidad,
 cuando Bolívar dijo: —Este es el Hombre—
 y le dió la llave del Sur
 y el Indio en el tapete jugó todo a su carta
 y El fué la carta de espadas en que se jugó el Perú.

El fué allí
 toda la agonía y la esperanza
 del mundo criollo,
 y como en su noche del Golfo Triste,
 estaba solo.

Y entonces,
 de la ciudad inmensamente lejana,
 de la ciudad islote le llegó al hombre islote
 la palabra de la ciudad,
 la voz del gran naufragio paralelo
 que le decía:—"Tierra adentro! No moriremos en el mar!"

LA CASA EN FIESTA

La victoria,
 la victoria de Abel
 y la victoria de su casa;
 Cumaná, resucitada de Boves
 y Sucre, Mariscal.

Tapias nuevas
 bajo el mantón de las parras,
 Nueva Andalucía,
 ferial después de Semana Santa.

El Soldado era el barco viajero de su tierra
y llevaba el bauprés de su espada,
que hizo amainar a las montañas
su alto oleaje ecuatorial;
y el augurio cantaba, de la ciudad convaleciente:
—Tierra adentro! Tierra adentro! No moriremos en el mar!

ABEL

Era un laurel verde.
No se vió estrella más limpia
en el cielo matutino de América.

Llevaba sus charreteras
como dos niñas rubias sentadas en los hombros.

Su terrible espada
de pronto se le hacía de agua
y se veía el sol al través de ella.
Si un día hubiera llorado, fuera un llanto de agua dulce.
Tenía el talón de Aquiles, pero con carne de oveja.

Le cabía en un brazo una batalla entera.

Riobamba fué el azahar,
Pichincha el lirio de fuego,
Ayacucho el laurel verde
y Tarquí la rosa blanca.

El azahar cayó a sus pies,
el lirio en su pecho,

el laurel en su frente
y la rosa en el tahalí de su espada de caballero.

Era el Abel terrible y puro de la guerra.
Tenía dos corazones:
uno a la izquierda del pecho
y otro en la mano derecha.

BERRUECOS

Casi solo
y solo,
en la soledad del pensamiento,
consciente del camino y de la noche,
como si la idea
hiciera sitio en el cerebro para alojar la bala,
blanco que va a la flecha más que la flecha al blanco,
así salió el jinete de la Venta Quemada.

Así llego a la muerte,
en dación de sí mismo, en ofrenda tranquila,
grata a las cóleras de América y al Dios de la América intacta.

Así le mataron.
El azahar cayó a sus piés,
el lirio en su pecho,
el laurel en su frente
y la rosa en el tahalí de su espada de caballero.

Era la hora de esposa bíblica,
la hora de caer con lealtad,
por eso, la noticia se retorció en América,
destrizó las alturas y llegó a la ciudad.

Y estuvo fiel la cuna, estuvo fiel la casa.
La torre fué el pico del pelicano
que hirió su pecho;
el río se llevó el desagüe de sangre
y reflejando la caída con destino leal,
en su Berruecos del 53,
como un racimo de sus parras cayó por tierra la ciudad.

LA ESTATUA

Todo volvió a elevarse,
las casas volvieron a poblarse
de canciones de cuna;
el Héroe resucitó en la Gloria.

La ciudad volvió a ser en la piedra;
el Héroe volvió a ser en la estatua.
La piedra volvió a pregonar voces nuevas,
la estatua volvió a pregonar nubes blancas.

Y ahora, el terremoto volvió a ser.
Sobre las ruinas humeantes de tierra,
es una isla de bronce, contra el azul, la estatua.

Sobre la ola del caballo,
el náufrago de Berruecos busca su costa de Paria.

En la hora del crimen, hasta para la muerte,
ciudad y héroe guardan histórica lealtad;
caída y ascensión, brazo con brazo:
Abel murió, murió su casa. Y no murieron en el mar.

ALERTA

Y todo fué por algo.
Todo viene o se va cuando es preciso;
nada se muere inútilmente;
un gran dolor es la diana del mundo.
Por eso muere la ciudad.

Aquí estoy esta noche, casa de Abel en ruinas,
viendo cómo florece la casa de Caín.
Pero esto era preciso.
Hay mucho por salvar en todas partes,
un mundo entero hay que salvar;
todo se hace por algo;
por eso muere la ciudad.

Traidor, tirano, alerta!
Alerta, asesino, carcelero, ladrón!
La tierra, la honda tierra de Venezuela ha hablado.
Eso quiere decir que está cerca su hora.

Murieron los marineros con cabellera de algas
están sin vida las novias con ojos color de golfo;
pero unos hombres nuevos han de venir, la tierra
los ha de dar como los golfos dan náufragos y olas;
Ladrón, verdugo, alerta! Tu hora va a sonar!
Es de noche, hay tormenta en el golfo de Paria
y hacia tierra viene un hombre que no se ahoga en el mar.

LA CORDERA

Antonio José de Sucre,
Mariscal de Ayacucho
bajo el signo del Imperio del Sol,
Antonio José de Sucre,
Abel de Colombia en Berruecos,
bajo el signo de la Desintegración,
es el Cordero del Sacrificio
en el oficio americano del Libertador.

Santa Inés de Cumaná,
Primogénita del Continente,
bajo el signo de Cristóbal Colón;
Santa Inés de Cumaná,
Casa de Abel en la tierra de América,
bajo el signo de la Incorporación,
es la Cordera del Sacrificio
en el oficio venezolano de Dios.

GUARIDA

Ciudad del Mariscal:
seis mil soldados de Ayacucho
presentan armas al pasar tu entierro;
cien millones de corazones
hacen "firmes" en un sistole unánime.

Ciudad del Mariscal de Bolívar,
más grande que los Mariscales de Napoleón,
sembrado con más carne de justicia,
alzado con más leche de República.

En tu guerrero, oh ciudad mía,
 fuiste a paso de carga sobre el Sur encendido
 y golpeaste dos veces;
 al segundo mandoble se incorporó el Derecho
 y después,
 la espada se inclinó,
 y bajó por su cauce, gozosa de su rumbo,
 la barquilla de la capitulación.

El guerrero marchó, Mariscal de Ayacucho,
 espantado de su gloria de Mariscal;
 las estrellas de sus espuelas
 volaron luminosas hasta el cielo de América.
 La espada partió en signo de flecha rumbeadora
 y el soldado sin tumba fué Precursor del Signo,
 cuando, perdido el cuerpo, el alma de Pichincha
 inauguró la llama de los soldados desconocidos.

ANUNCIO DE LA NUEVA CIUDAD

Volveremos a ti, ciudad, y estarás nueva,
 con hombres nuevos y con tapias nuevas;
 cimiento de justicia,
 horconadura de libertad,
 zaguán abierto al gozo de los riesgos civiles;
 marcha de azul reanudará la estatua;
 alzaremos la casa de Abel
 y algo más: a Caín le ofreceremos casa.

No se ha perdido todo
 si se salvó un marinero con cabellera de algas
 y si se salvó una novia con ojos color de golfo.

Lo que cayó, volverá a alzarse
y quedará por siempre lo que no cae jamás,
lo que siempre has tenido de ciudad de poetas,
lo que siempre has tenido de ciudad de Quijotes,
tus castillos en el aire que no hay temblor que derrumbe,
ciudad del Mariscal de Ayacucho,
ciudad de José Francisco Bermúdez,
Mayorazgo de Abel, ciudad del alma,
siempre en el suelo y siempre entre las nubes.

Volveremos a ti,
desde tus parras nuevas nos tenderás las manos
y nos dirás: —Bienvenidos!
Soy la misma! Muerte es camino
para las tierras designadas!
Tengo una casa para Abel
y para Caín tengo otra;
tengo el perdón junto a la herida
y el saludo en la mano rota;
soy la lengua de mi soldado
diciendo la palabra de Colombia:
Soy la casa de Abel, y soy la misma
“antes como después de la victoria”.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg BA - 11604
Clas.

INDICE

Prólogo	7
-------------------	---

LA ROTUNDA

El Aguila y el Bagre	11
Mariana Larrabeiti	13
No llore la Novia	15
El Gato Negro.	19
El Conejo Blanco.. . . .	21
Sol	22
Luna	23
Jueves Santo	24
El Gallo Zambo	26
Cometa	28
La Señorita Venezuela.	29
Luna de Abril.	31
Caminos	32
Tren	35
Trabajos de Preso	36
Ventana	38
Romancillo Carcelero	40
El Gato Verde	43
La Obsesión...	45
Canto del Prometido	46

INDICE

	Pág.
Inmigración	49
Las Hermanas de Luto	50
Dedicación de la mañana a Jesús de Galilea	54
Paseo	56
Cumpleaños del ahijado Manolo	57
Armando Zuloaga Blanco	60

EL CASTILLO DE PUERTO CABELLO

La Mar	69
Canto Mural de los Hijos en Marcha	71
La Estatua	75
Los Instigadores	77
Las Encubridoras	79
María Luisa Nass	82
La Llave de la Montaña	87
Singladura	91
Estudio de Volumen	93
La Novia Contrabandista	95
¿Cuántas Estrellas tiene el Cielo?	99
Canto al Agente Viajero	101
Los grillos me han hecho callos	105
Los Hombres	108
Pesadilla con tambor	109
Estrella del Cielo	113
Presentación Mural del Hombre Honrado	115

CARCEL DE PUERTO CABELLO

Tránsito de un retrato de novia por la Cárcel	121
Limbo	124

EL CONFINAMIENTO

Resplandor	133
Mangoré	135
Postulación proletaria de Santa Serapia	137
Carvajal	141
Canto Mural para el Maestro de Escuela	144

INDICE

Pág.

LA CASA DE ABEL

Soledad	155
El anuncio.	156
La casa de Sucre	157
Caja de estampas.	158
Abel y su casa.	172

Se terminó de imprimir esta obra
en los talleres de la Editorial
Elite, Lit. y Tip. Vargas,
de Caracas, Venezue-
la, el día 25 de
agosto de
1937

